



Trabajo Fin de Grado

LA SACRALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA EN
LA EUROPA FEUDAL: ORÍGENES Y
EVOLUCIÓN DE LA IDEOLOGÍA DE CRUZADA
(SS. XI-XII)

Autor

Guillermo Gracia Guinovart

Director

Mario Lafuente Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2017

Resumen

Entre los siglos XI y XII se asiste a una violencia legitimada en la Europa feudal por el papado, cuya repercusión hará que se produzcan guerras santas en nombre de Dios, siendo su mayor exponente las Cruzadas. El análisis del fenómeno cruzado tanto en Oriente como en la Península Ibérica centra la atención de este trabajo, destacando como eje vertebrador del mismo la ofensiva de Barbastro (1064) y la figura de Alfonso I el Batallador en la conquista de Zaragoza (1117-1118), para culminar, de forma más extensa y desarrollada, con la Primera Cruzada (1095-1099).

Palabras clave: papado, Dios, guerra santa, cruzada, Clermont, Barbastro, Zaragoza, Primera Cruzada.

Índice

INTRODUCCIÓN	4
I. LA GUERRA COMO ITINERARIO DE SALVACIÓN EN LA PLENA EDAD MEDIA..	8
1.1. La reinterpretación de la violencia aristocrática en torno al año 1000.....	8
1.2. Hacia la configuración de un <i>ethos</i> caballeresco	9
II. GUERRA JUSTA, GUERRA SANTA Y CRUZADA: CONTROVERSIAS HISTÓRICAS E HISTORIOGRÁFICAS	12
2.1. La legitimación de la violencia y el discurso de guerra santa	12
2.2. La autoridad del papado y la praxis de la guerra: la Cruzada.	15
III. EN LOS ALBORES DE LA IDEOLOGÍA DE CRUZADA: LA EXPANSIÓN TERRITORIAL ARAGONESA EN LOS SIGLOS XI Y XIII	19
3.1. La ofensiva contra Barbastro en 1064: ¿Cruzada o precruzada?	19
3.2. Las campañas de Alfonso I el Batallador (1004-1134).....	22
3.2.1. <i>La conquista de Zaragoza (1117-1118)</i>	25
3.2.2. <i>La muerte del rey y la interpretación de su testamento</i>	26
IV. LA PRIMERA CRUZADA A JERUSALÉN (1099)	28
4.1. El Concilio de Clermont (1095)	28
4.2. Pedro el Ermitaño y la implicación popular en la Primera Cruzada	31
4.3. Los líderes de la cruzada	34
4.3.1. <i>Godofredo de Bouillon</i>	36
4.3.2. <i>Bohemundo de Tarento</i>	36
4.3.3. <i>Raimundo de Saint-Gilles</i>	37
4.4.4. <i>Roberto de Normandía</i>	37
4.4. Composición e itinerario del ejército cruzado.....	38
4.5. Desarrollo de la Primera Cruzada	40
4.5.1. <i>Nicea y Dorileo</i>	40
4.5.2. <i>Antioquía</i>	42
4.5.3. <i>Toma de la ciudad de Jerusalén</i>	44
CONCLUSIONES	48
BIBLIOGRAFÍA.....	50
ANEXOS.....	52

INTRODUCCIÓN

Este trabajo ha sido elaborado con el fin de exponer la sacralización de la violencia en la Europa feudal, a través de un acontecimiento tan importante en la historia como las Cruzadas a Oriente y, especialmente de la Primera Cruzada sucedida en 1095. Asimismo, constituyen dos hitos clave de este proceso las dos cruzadas que tuvieron lugar en suelo aragonés, primero en Barbastro y posteriormente en Zaragoza, cuyo máximo exponente fue el rey Alfonso I el Batallador. Para ello analizaremos cómo se justificaron éstas acciones, estableciéndose como recorrido hacia la salvación, generándose así conceptos tan interesantes como guerra justa o guerra santa. En relación a todo ello, me ha aparecido oportuno dedicar un apartado sobre la sacralización de la caballería como aclaración y/o explicación de antesala al movimiento cruzado. No debemos de olvidar que los siglos medievales estuvieron impregnados de una enorme religiosidad, factor imprescindible para comprender el por qué de tales actos en nombre de Dios, aunque obviamente no debemos juzgar estos acontecimientos con los criterios del presente, puesto que correríamos el riesgo de caer en el anacronismo.

De otro lado, quisiera destacar que la elección de esta temática se debe a mi particular interés por la Historia Medieval, en concreto por sus llamativas guerras, que siendo niño despertaron ya en mi un interés, reflejado en la lectura de libros y visualización de películas sobre la Edad Media, periodo de la historia que aún hoy muchas personas tildan de época oscura por desconocer en mayor medida la importancia que tuvo y que, con sus luces y sombras, nos ha dejado un legado sumamente importante, siendo el periodo cruzado una muestra de ello, ya que en él no todo fue guerra y destrucción.

En relación a la metodología aplicada, para la realización del presente trabajo he empleado diversas fuentes secundarias, reflejadas todas ellas en el apartado bibliográfico, a partir de las cuales ha sido llevado a cabo un proceso de análisis, reflexión, síntesis y organización de la información histórica que en ellas he encontrado. La tipología de los libros consultados es bastante variada: desde libros de carácter general para contextualizar el fenómeno histórico, hasta monografías o libros más específicos para profundizar sobre un determinado tema. En este sentido, cabe destacar que la mayoría de la bibliografía internacional sobre la temática de las cruzadas se encuentra traducida al castellano, por lo que ha resultado más fácil el acceso a la información proporcionada por éstas. Además de ello, he visto oportuno añadir una serie de anexos, para hacer más sencilla la visualización de la temática a la que cada uno de ellos se refiere.

Sobre la guerra medieval y en concreto las cruzadas, se ha escrito una cantidad enorme de bibliografía. La historiografía sobre las cruzadas es extensa y antigua, casi como los propios hechos. El despertar de la historiografía cruzada se da en el siglo XIX, de manos de románticos y progresistas, a los que se suman imperialistas y la escuela positivista, hasta llegar a la bibliografía actual. De modo que, a continuación intentaré sintetizar de manera general y breve, las principales obras dedicadas a esta temática.¹

Algunos historiadores afirmaron que fue Guillermo de Tiro el primer *historiador* de las cruzadas, a finales de siglo XII. En la primera mitad de siglo XIX, la historiografía de las cruzadas cobró auge con las obras de Michaud y Wilken, quedando clara la postura de dos escuelas historiográficas respecto a las cruzadas: la francesa y alemana. A finales del siglo XIX, se uniría una creciente obra inglesa, y de forma posterior, la escuela americana alrededor de D. Munro y A.C. Krey. Hasta inicios de la II Guerra Mundial destaca una corriente positivista en cuanto a la historiografía cruzada, con trabajos de René Grousset y F. Chalandon en Francia, Hagenmeyer y C. Erdman en Alemania, Munro y Krey en Estados Unidos.

Desde inicios de los años cuarenta hasta mediados de los sesenta del siglo XX, se dio otra etapa, donde destacan Steven Runciman (con un trabajo narrativo y positivista), Atiya, Toinbee, Delaruelle, J. Richard y J. Prawer. A mediados de los sesenta, se dieron trabajos clásicos como los de Z. Oldenbourg, junto con Hans Mayer. En esta época desatacará el gran desarrollo metodológico experimentado por la arqueología y excavaciones, como útiles herramientas de trabajo para la historia. También será en este momento cuando se establecen debates historiográficos en torno a las cruzadas, encontrándose tres posturas sobre el estudio de las cruzadas: los tradicionalistas o singularistas, quienes sólo admiten como cruzadas las que tuvieron como destino Tierra Santa, afirmando algunos que solamente hubo una verdadera cruzada, la primera, donde encontramos a sus defensores como Runciman, Flori o Hans E. Mayer entre otros. Los otros son los llamados pluralistas, quienes defienden en su lugar las cruzadas como un concepto de guerra santa sin extensión de espacio-tiempo, sin un enemigo determinado, además de incluir acontecimientos como los de la reconquista de la Península Ibérica o los de las tierras de los Balcanes, siendo la defensa de los intereses de la Iglesia como institución su principal objetivo. En ella encontramos como defensores a G. Constable, Riley-Smith o N. Housley entre otros. Por último, la tercera postura es una

¹ RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, “Reconquista y Cruzada. Un balance historiográfico doce años después (2000-2012)”, *Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, 26, (2013), pp. 365-394.; LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista en la reciente historiografía angloamericana sobre la Península Ibérica”, *Imago Temporis. Medium Aevum*, 9 (2015), pp. 413-424.

posición intermedia, donde Tyerman, quien sigue siendo uno de los autores más provocativos del panorama historiográfico, destaca el elemento popular como definidor de la cruzada. El exponente de la postura marxista se ve reflejado en Zavarob.

En los años ochenta se da una ampliación de la temática cruzada, con estudios sobre Órdenes Militares, el papel de la mujer o la religiosidad popular. Durante los últimos años, como afirma Rodríguez García, se ha producido un gran avance en los estudios sobre cruzada, guerra santa y reconquista, donde destaca de forma eficaz la historiografía española, quienes años atrás parecía que habían olvidado las cruzadas fuera de la Península. Desde los clásicos de los años cincuenta como Gaztambide y Benito Ruano, hasta los historiadores de los años setenta como M. A. Ladero, J. L. Martín y J. A. García de Cortázar, pasando por autores como García-Guijarro, García Fitz y Carlos de Ayala, Alvira Cabrer, Carlos Lalena y el propio Rodríguez García. Estos autores, que en su mayoría vienen de campos de estudios sobre la realeza, órdenes militares y la guerra, suelen investigar en relación los temas de guerra santa, cruzada, reconquista o conquista feudal. Como he mencionado antes, el auge de estudios sobre las cruzadas ha experimentado un auge en España en los últimos años, buena prueba de ello se debe al grupo de investigación formado por Carlos de Ayala.²

Clásicos y prestigiosos cruzadistas como Riley-Smith, Constable, Mayer, Brundage, Hamilton, Balard, Andrea, Cardini o Forey, han cedido el testigo a otra fructífera saga de historiadores encabezados por los veteranos Jean Flori (quien ha realizado uno de los trabajos más importantes en los últimos años), Peter Jackson o Tyerman entre otros. A ellos les siguen de cerca autores como Nikolas Jaspert, Norman Housley, Carlos de Ayala, Simon Barton, Paul Crawford, Nicolas Coureas, Marcus Bull, Damian J. Smith y García Fitz, entre otros. Otra generación de “jóvenes profesores” se ha incorporado más recientemente, como Philipp Josserand, Martín Alvira, Rodríguez García y William Purkis, a los que siguen y seguirán nuevos doctores y doctorandos.³

Como podemos ver, el tema cruzado es un campo de estudio que está de moda, sobre todo en el extranjero, al que se están secundando nuevos historiadores en Reino Unido, Estados Unidos, Francia, Israel e Italia, e incluso hasta en los países nórdicos. Sin embargo, un problema que se nota en la historiografía sobre este ámbito es el aislamiento de experiencias entre historiadores españoles y extranjeros, puesto que mucha producción exterior, incluyendo a quienes podrían considerarse hispanistas (Burns, Lomax, Forey, Linehan) tiende a obviar los trabajos en español. Quisiera concluir este debate con la idea de

² RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, “Reconquista y Cruzada”, pp. 365-394.

³ *Ibidem*, pp. 365-394.

Rodríguez García respecto a ello, quien cree que uno de los problemas que tiene el medievalismo hispano es la falta de originalidad o valentía al enfrentar los temas.⁴ Por otra parte, Lalierna critica el argumento, para él erróneo, utilizado por los historiadores anglosajones de la cruzada, para quienes la intensificada guerra contra el islam iniciada a mediados del siglo XI en la Península Ibérica, no supone un hecho importante en la ideología de los nobles que se alistaron en la Primera Cruzada.⁵

⁴ *Ibidem*, pp. 365-394.

⁵ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y *Reconquista*”, p. 423.

I. LA GUERRA COMO ITINERARIO DE SALVACIÓN EN LA PLENA EDAD

MEDIA

1.1. La reinterpretación de la violencia aristocrática en torno al año 1000

El tránsito de la *guerra santa* constituye una alteración de valores, por ser ajustada y necesaria a los designios de Dios, junto con los intereses de los cristianos. Es un proceso complejo lleno de contradicciones, el considerar a la guerra santa como una vía de salvación y declaración elogiable de una nueva espiritualidad. Este fenómeno transcurre en un amplio espacio de tiempo, que podemos ver reflejado en buena parte de los siglos X y XI, siendo consumado de manera significativa a partir de la predicación y posterior proceso de desarrollo de la Primera Cruzada en 1095.

Para llevar a cabo un cambio cultural de tal magnitud, era necesario liberar el uso de las armas⁶ de la prohibición o veto de impureza que recaía sobre éstas, es decir, como dice Carlos de Ayala “era preciso santificar el oficio de la guerra haciendo extensiva la *militia Dei*⁷ no sólo a los que se consagraban a Dios mediante la oración, sino también a quienes defendían su causa mediante el uso de las armas, es decir, a los caballeros”⁸.

Además, la violencia que fuese contraria a los valores que defendía la Iglesia debía de ser obligatoriamente eliminada de la sociedad y, para ello, las autoridades eclesiásticas promovieron la doctrina de *la paz y Tregua de Dios*,⁹ fenómeno complejo que se inscribe tanto en el plano cultural como en el ámbito institucional. Así, en este contexto, la Iglesia aprovechó su autoridad espiritual para legitimar el uso de la violencia por unos agentes determinados, en espacios bien definidos y de acuerdo con unas prácticas precisas, consiguiendo, de este modo, dirigir la violencia feudal en beneficio propio. El gran horizonte que sirvió para espoliar el ánimo de los feudales fue, precisamente, la defensa y expansión de

⁶ Véase, Anexos 1 y 2.

⁷ Bula destinada a los ‘soldados de Dios’, promulgada por el papa Eugenio III en el año 1145, cuyo objetivo era la consolidación de los privilegios de una Orden, consolidando la independencia de ésta respecto al clero secular. En la bula, se le reconoce a la Orden diversos derechos: recaudar tributos, poseer sus propias iglesias y enterrar a sus muertos en sus propios cementerios. En referencia al término, podemos encontrarlo a lo largo de GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, *Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII*, Cátedra, Madrid, 2010 (ed. or. 1995).

⁸ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, Sílex, Madrid, 2004, p. 29.

⁹ Prohibía los combates de miércoles a domingo, ya que estos días recordaban la Pasión, Resurrección y Ascensión del Señor. También se prohibían en otros períodos litúrgicos. GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, *Papado, cruzadas y órdenes militares*, p. 42.

la cristiandad, así como la honorabilidad de los príncipes cristianos fieles en el mantenimiento de la fe.

1.2. Hacia la configuración de un *ethos* caballeresco

Los santos fueron elementos importantes en lo referente a la sacralización de la caballería, debido a que para sacralizar el uso de las armas, se atribuyó su empleo al modelo de vida cristiana que ellos reflejaban. En consecuencia, se da una variada tipología de santos guerreros, cada uno con unas características propias que le diferenciaban del resto, sin perder la esencia en sí del santo guerrero.¹⁰ La figura del santo militar está presente en el estudio de la hagiografía, como vehículo privilegiado de transmisión de valor cristiano a laico, sobre todo referido a los laicos poderosos.¹¹

Los investigadores coinciden en afirmar que existen tres grandes modelos de santidad masculina vinculados al ejercicio de la violencia bélica: los que se inspiran en la figura de antiguos soldados romanos, los santos inspirados en la tradición bíblica y aquellos que proceden de la santificación de príncipes u otros personajes históricos.¹²

Respecto a los santos identificados con antiguos soldados romanos, todos ellos tienen en común el hecho de haber sufrido martirio en época de persecución del Imperio Romano, por haberse negado a realizar sacrificios en honor de los dioses romanos y, de forma más rotunda, por haberse negado a emplear sus armas contra los cristianos. Dentro de este primer grupo, la figura más emblemática es, sin duda, San Jorge cuyo culto tuvo una gran difusión en Oriente y Occidente, siendo reconocido como protector del Imperio Bizantino desde el siglo VIII y, posteriormente, como patrono de su ejército.

En segundo lugar se encuentran los santos procedentes de la tradición bíblica, entre los que destaca la figura de San Miguel, cuya principal función es acaudillar las legiones celestes. Santiago, el apóstol de España, como en el caso de San Miguel se puede encuadrar en la misma categoría de santo guerrero, pero dista de éste en que la actividad militar es posterior en el tiempo a la atribuida a San Miguel. En el contexto hispánico, la identificación de Santiago como santo guerrero tuvo uno de sus hitos fundacionales en la falsificación del

¹⁰ FLORI, Jean, *Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Univ. De Granada y de Valencia, Granada, 2004 (ed. org. 2002), pp. 188-191.

¹¹ BARBERO, Alessandro, “Santi laici e guerrieri. Le trasformazioni di un modello nell’agiografia altomedievale”, *Modelli di sintità e modelli di comportamento. Contrasti, intersezioni, complementarità*, Rosenberg & Sellier, Torino, 1994, p. 125.

¹² DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 30.

Privilegio de los Votos,¹³ a mediados del siglo XII, cuando se extendió la convicción de que el apóstol había combatido junto al ejército de Ramiro I en la mítica batalla de Clavijo.

En lo referente a la santificación de príncipes, destaca el joven rey anglosajón Edmundo, quien murió martirizado en el año 870 a manos de los daneses paganos después de haberse negado a renunciar a su fe cristiana. Este santo es presentado por la hagiografía de finales de siglo X.¹⁴ Además de estas tipologías de santidad masculina, la Virgen María se transformó también en un *santo militar*, llegando a transformarse en protectora de los ejércitos cruzados y en una de las santas patronas de la caballería en el siglo XII. Pero no solamente la Virgen María se manifestó como una santa con comportamiento belicoso, también Santa Fe.¹⁵

El uso de las armas a mediados del siglo XI pudo usarse ya como un mérito para alcanzar la perfección cristiana, dejando de constituir un obstáculo para ello su uso. En tal caso es donde aparece la figura del *monje* asociada al uso de las armas en combate, hecho que supone un temprano ejemplo de “monje-guerrero”, un arquetipo que, sin embargo, cristalizará tiempo después, impulsado por el espíritu cruzado.

Para Alessandro Barbero, durante el milenio medieval la actitud adoptada por los hombres de la Iglesia en relación con los problemas morales asociados con el ejercicio de las armas, cambia considerablemente, así como el mismo sentido de la profesión militar. Ser un soldado significa algo diferente en el tiempo de Diocleciano que de Godofredo de Bouillon.¹⁶ Vemos con él cómo la fractura entre el protagonismo militar en uso y la ejemplar vida religiosa comienza a superarse ante el surgimiento de una nueva espiritualidad, cuya importancia es que no excluye el uso de las armas. Sin lugar a dudas, los santos guerreros y su difusión fueron un medio efectivo en el afianzamiento de esta nueva espiritualidad, junto con la realización de ceremonias de carácter litúrgico, en las que se bendecían las armas¹⁷ desplegadas bajo estandartes.

El surgimiento de los monjes guerreros se relaciona con el problema de protección de iglesias y monasterios, entre finales del siglo IX y mediados del XI, en un tiempo de

¹³ Compromiso de ofrenda adquirido por los cristianos de los reinos de Galicia, Asturias, León y Castilla en la Península Ibérica a Santiago, tras la victoria de la mítica batalla de Clavijo en la que Santiago había ayudado a las tropas cristianas. El rey Ramiro I concedió el voto de Santiago a la iglesia compostelana. FALQUE, Emma, “El llamado “Privilegio de los votos”, fuente del “Chronicon Mundi” de Lucas de Tuy”, *Habis* 33 (2002), pp. 573-577.

¹⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, pp. 30-33.

¹⁵ FLORI, Jean, *Guerra santa, yihad, cruzada*, p. 190.

¹⁶ BARBERO, Alessandro, “Santi laici e guerrieri”, p. 125.

¹⁷ La liturgia de bendecir la espada del guerrero muchos la han considerado precursora del posterior rito litúrgico de armar a un nuevo caballero. KEEN, Maurice, *La caballería*, Ariel, Barcelona, 2008 (ed. org. 1986), p. 73.

desarticulación social y desorden público, debido al lento deterioro de las instituciones públicas que perduraron en Occidente tras la desaparición del Imperio Carolingio, inmerso en un periodo de gran violencia, que tuvo su culmen en la depredación y obtención de botín, sirviendo como forma de vida para quienes poseyese un mínimo equipamiento militar, ya que dependencias monásticas e iglesias constituían los lugares de búsqueda de botín para los violentos que hurtaban, quedando la caballería ejercida por estas personas de forma mundanizada.¹⁸ Ante tales acciones violentas, tanto clérigos como monjes acudieron a sus santos patronos para solicitarles protección; sin embargo no siempre se producían las intervenciones milagrosas por parte de los santos, así que surgió la idea de crear pequeños ejércitos cuyo fin era proteger sus bienes y a ellos mismos, por parte de las iglesias y monasterios.¹⁹ En estos ejércitos armados ingresaban personas bajo la protección del titular de la correspondiente iglesia a la que perteneciesen, y sus armas, así como el estandarte que los distinguía, eran bendecidos de tal forma que su uso se convertía en legítimo además de santo, ya que la defensa de personas y bienes eclesiásticos tenía como fin el tener carácter santo. Estos soldados recibían a cambio de su defensa tierras y retribuciones temporales.

Como dice Carlos de Ayala, con frecuencia esas “mesnadas sacralizadas eran hombres dependientes de ciertos caballeros especialmente destacados cuyos señoríos se hallaban ubicados en las cercanías de la institución que debían de proteger”.²⁰ Esas personas “se trataba de los *advocati*, una especie de representantes judiciales de los intereses de la institución protegida a la que defendían con el uso de las armas. Estos *advocati*, cuando ellos mismos no acababan convirtiéndose en los primeros extorsionadores de los bienes que debían de preservar, se erigían en auténticos *milites Christi* de reconocida ejemplaridad”.²¹

A través del oficio de quienes con las armas bendecidas defendían los santuarios de Dios, la sociedad comenzó a ver que aplicar la violencia justa de Dios podía ser visto como un ejercicio de satisfacción, en defensa de la fe. La iglesia de Roma encerraba las mayores riquezas de todas las iglesias de Occidente, siendo la más codiciada para los depredadores. Por ellos, organizaron sus propia *militia*, en este caso bajo la advocación y estandarte de San Pedro. Desde la mitad del siglo X, la protección de Roma recaía en la persona titular del Sacro Imperio Romano Germánico, aunque no siempre las relaciones entre ambas instituciones fueran armoniosas. Los papas, apoyados mientras pudieron por tropas germánicas, organizaron un ejército al que acudían voluntarios mercenarios en mayor medida.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 72-73.

¹⁹ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 34.

²⁰ *Ibidem*, pp. 34.

²¹ *Ibidem*, pp. 34-35.

II. GUERRA JUSTA, GUERRA SANTA Y CRUZADA: CONTROVERSIAS HISTÓRICAS E HISTORIOGRÁFICAS

Al hablar de *guerra santa* y de *cruzada* se debe tener en cuenta que los términos fueron acuñados con posterioridad a las Cruzadas, reparando en si ambos términos se pueden equiparar por igual a los acontecimientos de los siglos XI al XIII. Para ello, se deberían estudiar diacrónicamente cada uno de los conceptos, de manera que una vez establecida la posibilidad de la aplicación de uno a otro, podríamos comenzar a incorporarlos al estudio de la realidad histórica de la época de las Cruzadas. Para ello, una obra fundamental como punto de partida es la de A. Dupront, *Du Sacré. Croisades et Pèlerinages*, quien continúa la tarea iniciada por Paul Alphandéry respecto al problema de la mentalidad y la espiritualidad del cruzado.²²

2.1. La legitimación de la violencia y el discurso de guerra santa

Russell se refiere a la guerra justa como una lucha librada por una autoridad pública para conseguir, por ejemplo: una mayor defensa del territorio, de las personas y de los derechos de éstas. Según los archivos sobre algunos objetivos políticos más concretos, la guerra justa paró en seco, consintiendo una total destrucción de los adversarios, e intenta limitar algunos episodios de violencia utilizando códigos de buena conducta o restricciones humanitarias que fueron insuficientes en la guerra santa.²³

Hasta el momento la guerra justa ha sido considerada necesaria, aunque fácilmente puede convertirse en la guerra santa que perseguía la meta suprema de los beligerantes, en guerra unos contra otros. Aristóteles creó el término guerra justa aplicándolo sobre la guerra librada por los Helenos en contra de los no Helenos.²⁴ Tal y como afirma Russell, para San Agustín la guerra es consecuencia del pecado, pero también su remedio.²⁵

San Agustín escribió, para aquellos cristianos que dudaran sobre la licitud y dignidad del oficio militar, que Dios no rechazaba a los soldados, pudiendo agradar a Dios bajo el uniforme militar.²⁶ La religión cristiana no es hostil al Estado, ni tampoco prohíbe todas las guerras. San Agustín recordó a los fieles que Dios recurrió en ocasiones a las guerras,

²² MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias Valparaíso, Valparaíso, 2003, p. 50.

²³ RUSSELL, F. H., *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975, pp. 15-16.

²⁴ *Ibidem*, pp. 2-3.

²⁵ *Ibidem*, pp. 2.3.

²⁶ FLORI, Jean, *Guerra santa, yihad, cruzada*, p. 47.

existiendo de este modo *guerras justificadas*, como queda de manifiesto en el Antiguo Testamento, al que recurrió para dicha afirmación,²⁷ poniendo los fundamentos de una nueva ética cristiana, sin desarrollar su teoría, cuya definición canónica, la «guerra justa», sería formalizada tiempo después, en los siglos XII y XIII. Él enseñó, que cuando una ciudad o pueblo ha violado de manera premeditada la paz, negándose a reparar las ofensas cometidas por sus súbitos, las guerras están justificadas.²⁸

Para San Agustín hay una serie de elementos que permitían que una guerra pudiese ser considerada como justa: los fines de ésta deben de ser conformes a la justicia, así como puros. La guerra debe hacerse con amor, sin odio ni intereses personales. Además ha de ser pública y no privada, y haber sido declarada por la autoridad legítima. Flori señala que con todos estos elementos, las guerras emprendidas bajo estas peculiaridades deben ser consideradas así mismo como legítimas.²⁹ Pero la noción de guerra justa, tal y como afirma Flori “no es para San Agustín más que una concesión otorgada al Estado que actúa por el bien común. La guerra que emprende el «gobierno civil» es justa porque la autoridad que representa procede de Dios, y porque de esta manera cumple su función de orden y justicia sobre esta tierra”,³⁰ aunque solamente el mandamiento directo e indiscutible de Dios sacralizaría de forma rotunda la guerra, siendo así en efecto, la guerra ordenada directamente por Dios, santa. Es por ello que Flori subraya que el combate para hacer cumplir los mandatos papales se convierte en una guerra esencialmente justa, y a la vez revestida de un valor sagrado.³¹

El término guerra santa ha sido usado de forma abusiva por la historiografía, aplicándola de forma indiscriminada a realidades como la cristiana e islámica en cualquier época, creyendo que cualquier guerra donde entre en juego el carácter religioso, es por ello santa.³²

Como afirma Frederick Russell, “la guerra santa se libra por las metas o ideales de la fe y por autoridad divina o en la autoridad de algunos líderes religiosos. Cuando este último es un funcionario eclesiástico, la guerra santa se convierte en cruzada”.³³

J.T. Johnson estableció una categorización del concepto de guerra santa en 10 puntos, en los que abarca de forma sintética los problemas que plantea el término tanto para los

²⁷ *Ibidem*, p. 47.

²⁸ KEEN, Maurice, *La caballería*, p. 71.

²⁹ *Ibidem*, p. 48.

³⁰ *Ibidem*, p. 48.

³¹ LALIENA CORBERA, Carlos, “Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada y reforma de la Iglesia en el siglo XI hispánico”, *La reforma gregoriana y su proyección en la Cristiandad occidental. Siglos XI-XII*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2006, p. 311.

³² MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, p. 49.

³³ RUSSELL, F. H., *The Just War*, p. 2.

cristianos como para los musulmanes. García Fitz, sigue las propuestas de Johnson, señalando que “una guerra se define por autoridad, motivos, méritos y rituales”,³⁴ siguiendo de esta forma la categorización utilizada para definir una guerra justa. Para García Fitz, la “guerra santa” no consta de un solo significado, ya que se trata de un conjunto de ideas relacionadas. La guerra santa puede entenderse como una guerra realizada bajo la guía divina, además de combatir por la fe en Dios, partiendo de la convocatoria de una autoridad representativa. Este sería el caso de las cruzadas.³⁵ Concluye García Fitz señalando que la guerra santa en el siglo XXI “parece aberrante, contradictoria, causa repulsión y es una abominación que parece existir sólo en la mente de algunos fanáticos”. Para Marín Riveros, hablar de guerra santa es referirse a una recompensa espiritual para quienes mueran en combate frente al enemigo.³⁶

Hay que tener en cuenta que según los cronistas medievales, en la guerra santa, es Dios mismo quien combate. La guerra santa es una guerra emprendida contra los enemigos de la religión, en un sentido de defensa, hecho que podemos ver en la convocatoria cruzada, con la llamada del papa al uso de las armas para combatir al musulmán. A partir del siglo X, esta guerra moderará las justificaciones necesarias para hacer de ella un apropiado medio de salvación personal.³⁷ El papa quiere imponer la verdadera religión, no llama a convertir a los infieles al cristianismo, sino a expulsarlos de los Santos Lugares.³⁸

Johnson señala además que es “santa igualmente una guerra cuyo fin es imponer la recta doctrina y castigar las desviaciones, la herejía”,³⁹ a los participantes se los considera “santos”, de forma ritual o moral. En este aspecto destacarían los ritos de purificación o de penitencia, previos a la toma de Antioquía y Jerusalén. También según Johnson, los combatientes luchan interiormente contra los propios pecados, es una batalla espiritual. Otra característica de guerra santa es la realizada bajo un líder inspirado religiosamente, como Pedro el Ermitaño.⁴⁰

Para Carl Erdmann, la “guerra santa” debe entenderse como un servicio armado en favor de la Iglesia, teniendo una vocación directa con la religión. Steven Runciman coincide con la tesis de Erdmann, añadiendo que es la guerra realizada por los intereses de la Iglesia,⁴¹

³⁴ GARCÍA FITZ, Francisco, *La Edad Media. Guerra e ideología, justificaciones religiosas y jurídicas*, Sílex, Madrid, 2003, p. 74

³⁵ *Ibidem*, p. 74.

³⁶ MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, p. 49.

³⁷ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 37.

³⁸ MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, pp. 74-75.

³⁹ *Ibidem*, p. 75.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 76.

⁴¹ *Ibidem*, p. 76.

al igual que para José Goñi Gatzambide, para quien guerra santa es toda aquella guerra emprendida por motivos religiosos.⁴²

Jean Flori se refiere a guerra santa como aquella donde los caídos son reconocidos como mártires. Para James A. Brunde, “toda guerra santa es una guerra justa, pero no toda guerra justa es una guerra santa”.⁴³ De Ayala afirma que es con la Primera Cruzada cuando el pontificado asume la plena doctrina de la retribución, aunque no por primera vez, que supone “legitimación potenciadora de las guerras santas convocadas o animadas por pontificado”.⁴⁴

Para Tyerman la clave de la dinamización de la guerra santa en España se debe a la aparición de los almorávides y el desarrollo que tiene la política del papa de fomentar la guerra como una vía de expiación, hecho que conducirá a la primera cruzada.⁴⁵ En definitiva, podemos entender el concepto de guerra santa en relación a las recompensas que el combatiente recibe en el plano espiritual y en el martirio, reduciéndose la aplicación del término notablemente.

2.2. La autoridad del papado y la praxis de la guerra: la Cruzada.

El término *cruzada* es utilizado de forma común en el lenguaje diario, por lo que ha perdido por completo su uso semántico preciso, quedando anclado en connotaciones lúgubres, propias del fundamentalismo religioso, como afirma García-Guijarro. Respecto a los estudiosos de la Historia, el concepto «cruzada» no es percibido de forma acorde con el pasado plenomedieval que expresa, sin ser entendido igual por el conjunto de historiadores, cayendo en determinados casos en anacronismos al aplicarlo a períodos anteriores a los que se refiere, la primera expedición a Jerusalén en verano de 1096 y su posterior conquista.⁴⁶ Carlos Lalierna sostiene que la idea de cruzada está compuesta de diversos elementos, siendo los componentes principales los que reconocen los especialistas: la lucha contra los musulmanes concebida como una guerra justa, la defensa del papado (líder moralmente del movimiento), la peregrinación como un remedio de la penitencia y, en último caso, la existencia de retribuciones espirituales para los sufrimientos de los participantes.⁴⁷

⁴² GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, “¿Cruzadas antes de la primera cruzada?: La Iglesia y la Guerra Santa, siglos IX-XI”, en: DE LA IGLESIA DUARDTE, José Ignacio (ed.), *García Sánchez III “el de Nájera” un rey y un reino en la Europa del siglo*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2005, p. 281.

⁴³ MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, p. 77.

⁴⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 41.

⁴⁵ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista”, p. 419.

⁴⁶ GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, “¿Cruzadas antes de la primera cruzada?”, pp. 269-270.

⁴⁷ LALIENA CORBERA, Carlos, “Encrucijadas ideológicas”, pp. 330-331.

La cruz fue en el discurso de Urbano II el signo del peregrino de Jerusalén, quien debía ser digno con ella en “corazón y espíritu puro”. Es por ello que el papa en su llamamiento exigía un cambio de hábitos, dejando a un lado el orgullo y ambición entre cristianos para recuperar los Santos Lugares.⁴⁸ Este fue el auge del fenómeno de las cruzadas, uno de los fenómenos más notables que se haya producido en la historia de la Cristiandad. Las cruzadas abarcan un periodo entre los años 1095 y 1291, donde encontramos la Primera Cruzada, Segunda, Tercera, Cuarta, Quinta, Sexta, Séptima y Octava.⁴⁹

Peter Partner señala que las palabras *croisé* y *croisade* no fueron usadas en su época por Urbano II, ni por ninguna persona en latín o francés hasta la época de la Tercera Cruzada (1189-1193). Sin embargo, casi todos los historiadores modernos desde el siglo XVIII – cuando se inventó la palabra inglesa *crusade* – aceptaron este anacronismo. Por lo tanto, si el término cruzada es una creación lingüística reciente en el tiempo, ausente en las fuentes medievales tempranas, la palabra *cruzado* (*crucesignatus*), para nombrar a quien lleva la marca de la cruz, en cambio, sí existía. El término en castellano aparece literariamente sobre el siglo XV, al designar una contienda militar contra un enemigo no reconciliable, en este caso el infiel.⁵⁰

Ponerse la cruz era el acto central que constituía a un fiel en cruzado, signo visible del voto realizado, al igual que un signo de la Redención. También podemos entender la cruz como un signo “sobrenatural” en el combate, así como la marca jurídica de la misión de todo cruzado.⁵¹

Si atendemos a la historiografía para hablar del concepto de Cruzada, Paul Lemerle la define como “una peregrinación militar, cuyo objetivo es la liberación de los Santos Lugares y cristianos de Oriente, situada bajo la autoridad de la Iglesia, iniciada con una bula pontificia, en la que los participantes se benefician de ventajas espirituales (remisión de pecados y martirio), y son protegidos por un régimen de excepción que los sustrae de sus obligaciones y jurisdicciones normales”.⁵² En una definición similar, Jean Richard señala que “en el sentido preciso del término, es una expedición asimilada por el Papado como una obra meritoria y dotada por ello de privilegios espirituales para los combatientes y para quienes participan en

⁴⁸ MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, p. 19.

⁴⁹ Dependiendo de la numeración de cada autor, el número de cruzadas varía, pero en general se habla de 7 u 8.

⁵⁰ MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad*, p. 59.

⁵¹ *Ibidem*, p. 60.

⁵² *Ibidem*, p. 78.

la empresa”.⁵³ Si atendemos a estas definiciones, no se puede hablar de cruzadas antes del siglo XI o fuera de Occidente, pero sí de guerra santa.

Para García-Guijarro, las cruzadas fueron un proceso expansivo por excelencia, tanto en lo relativo a la extensión territorial como en los esfuerzos apostólicos por ampliar la presencia papal. El protagonismo pontificio iba destinado a convertir a la Iglesia de Roma en la última referencia. Es por ello la cruzada un elemento reformador al servicio del papado, fenómeno de los más característicos de la plenitud medieval, que refleja la expansión del sistema feudal,⁵⁴ afirmando García-Guijarro que el denominador común de todas las cruzadas es “la pretendida preeminencia romana en el terreno espiritual y temporal”.⁵⁵ En palabras de García-Guijarro, “aunque la aceptación y utilización por la Iglesia Romana de la guerra santa para promover sus propios intereses antecede a 1095, es en esta fecha cuando la cruzada adquirió una primera madurez y lo hizo como emancipación del proceso reformador eclesial”,⁵⁶ de forma que la cruzada de 1095 para Rodríguez García marcó un punto de inflexión, considerándose como modelo para el resto de las campañas cruzadas que se sucederían posteriormente.⁵⁷

Para Tyerman, las cruzadas fueron guerras justificadas por la fe, contra sus enemigos, definidos por las élites políticas y religiosas, enemigos que eran percibidos como una amenaza para los fieles cristianos. Él asume que la cruzada fue un “ropaje” extenso para cubrir la posterior evolución que tuvieron las guerras entre cristianos y musulmanes, aunque no estuvieron exentas de períodos pacíficos entre ellos. Tyerman defiende que “la cruzada reflejaba una concepción social fundamentada en la guerra como la fuerza principal de protección, arbitraje, disciplina social, expresión política y ganancias militares”.⁵⁸

La guerra santa pontificia adoptó dos modelos distintos de presentación: *reconquista cristiana*⁵⁹ y la *cruzada*, siendo esta última donde las connotaciones específicas de la guerra santa pontificia llegarán a su más explícita manifestación. La cruzada, como afirma de Ayala es una forma evolucionada de guerra santa, pero distinta de la modalidad de *reconquista*

⁵³ *Ibidem*, p. 78.

⁵⁴ GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, *Papado, cruzadas y órdenes militares*, pp. 15-16.

⁵⁵ GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, Marcial Pons, Madrid, 2014, p. 31.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 280.

⁵⁷ RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, “Reconquista y Cruzada”, p. 394.

⁵⁸ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica, Barcelona, 2012 (ed. or. 2010), p. IX.

⁵⁹ Si aludimos al término *reconquista* para referirnos a la expansión cristiana en el marco peninsular y al proceso de conquista de al-Ándalus junto con la creación de un gran tejido ideológico para justificarla, darle sentido y adjudicarle una larga continuidad histórica, la cuestión preocupa a historiadores anglosajones y españoles, puesto que el concepto de *reconquista* ha suscitado grandes debates historiográficos sobre su capacidad aplicativa y utilidad. LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista”, p. 419.

cristiana. Él alude a Jean Flori, quien estableció una delimitación entre ambos conceptos, dándole a la cruzada una caracterización que consta de tres elementos novedosos respecto a la reconquista cristiana. Si atendemos a la caracterización de la cruzada, según Flori, vemos cómo la cruzada es una guerra promovida por el papa, no es tanto a obispo de Roma, sino como cabeza de la cristiandad. La cruzada adquiere el objetivo de defender al conjunto de la cristiandad, no los propios intereses del papa o los de la Iglesia de Roma, por lo tanto, siendo convocada a toda la cristiandad en nombre de Dios.⁶⁰

En segundo lugar, la cruzada está dirigida a salvar Jerusalén y todos aquellos símbolos cristianos de Tierra Santa que han sido ultrajados por el infiel, estableciendo de esta forma la recuperación de los *Lugares Santos* como su objetivo principal y prioritario, para rehabilitar el honor de Dios y el perdón de los pecados de los hombres. La cruzada debe entenderse así como una forma de peregrinaje liberador, que adquiere la característica de ser armado en determinadas personas, encontrando la salvación en el esfuerzo penitencial de quienes asumen formar parte de ella.⁶¹

Por último, Flori alude a la dimensión esencialmente escatológica de la cruzada, puesto que se vincula a la “venganza definitiva de Dios”, derrocando al Anticristo y el posterior reinado definitivo de Dios sobre la tierra, ergo la conquista de Jerusalén será necesaria para que se dé esto último. Todo esto debe ocurrir cuando con el poder de Dios, coincida la Jerusalén terrestre con la Jerusalén celestial, que según se puede ver en el Apocalipsis, en Jerusalén “no entrará nada manchado” (Ap 21, 27), indicador de la experiencia purificadora que deberán realizar los cruzados a través del peregrinaje liberador. Esta última caracterización escatológica es visible en la cruzada popular que llevó a cabo *el Ermitaño*, pero es posible que estuviese ya en la convocatoria realizada por el papa Urbano II.⁶²

⁶⁰ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 44.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁶² *Ibidem*, p. 45.

III. EN LOS ALBORES DE LA IDEOLOGÍA DE CRUZADA: LA EXPANSIÓN TERRITORIAL ARAGONESA EN LOS SIGLOS XI Y XIII

3.1. La ofensiva contra Barbastro en 1064: ¿Cruzada o precruzada?

A mediados de siglo XI Barbastro era una madina al norte de Al Andalus, capital de un distrito de la taifa de Zaragoza, un gran centro cultural islámico.

Tras la muerte de Ramiro I de Aragón en Graus (1063), le sucedió su hijo Sancho Ramírez en 1064, bajo cuya soberanía Aragón se convirtió en reino, además de dirigir en el verano de dicho año una campaña muy influyente contra la madina de Barbastro para tomarla, junto con una hueste numerosa de guerreros de toda Francia. La decisión de los jefes franceses estuvo determinada por los enfrentamientos internos que a comienzos de la década de 1060 presentaban las taifas creadas en las marcas fronterizas.

La campaña de Barbastro se desarrolló en otoño-invierno de 1063-1064. El ejército franco lo componían nobles de Poitiers, Normandía, Champaña y Borgoña entre otros, destacando al duque Guillermo VIII de Aquitania. Vemos un amplio reclutamiento, coincidente con el de la primera cruzada. Una buena parte de los normandos que acudieron a Barbastro como vasallos de Sancho Ramírez, se encontraban en la cúspide de la aristocracia francesa. El impacto cultural de la cruzada de Barbastro caló en ambas vertientes de los Pirineos, siendo, como afirma Carlos Laliena, un ejemplo de diferentes redes aristocráticas europeas que emergen de manera brusca en el escenario español para ser partícipes en el ataque a dicha ciudad de al-Andalus, así como en la posterior devastación del valle del Ebro musulmán.⁶³

La posición de Barbastro era clave para romper la defensa del valle del Cinca. Las fuentes que nos aportan más información sobre la acción son autores árabes. Tras la conquista de la ciudad, quedó en manos del yerno y aliado de Sancho Ramírez, Ermengol. La ciudad fue masacrada a mediados de julio por las tropas cristianas, cumpliendo el sitio de Barbastro con todas las características de la estrategia de entonces: rodear la muralla; los autores árabes se hacen eco de las riquezas que consiguieron los cristianos: un botín que incluía a esclavos y rescate de prisioneros capturados. Las crónicas árabes son desoladoras, puesto que se trató de una gran derrota musulmana ante los cristianos.⁶⁴ La captura de Barbastro⁶⁵ se convirtió en

⁶³ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista”, pp. 413-424.

⁶⁴ GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, pp. 59-60.

⁶⁵ Véase, Anexo 3.

una especie de hito entre los franceses y supuso un episodio con consecuencias importantes, como la constatación de que era posible tomar las grandes ciudades del Ebro y que la conquista de al-Andalus tenía resonancia más allá de los Pirineos.⁶⁶

Es con en esta campaña con la que se va a difundir el espíritu de cruzada. Se trata en vigor de la antesala de la cruzada, porque el papa Alejandro II concedió novedosas bulas alusivas a la obtención de indulgencias para quienes se comprometieran en la participación de las tareas conquistadoras. Un aspecto significativo es el hecho de que muchos de los llamados cruzados de primera hora (nobles franceses que participaron en la primera conquista de Jerusalén) eran descendientes de algunos de los cruzados de Barbastro. La cruzada de Barbastro supone como partida el hecho de cruzada que impulsará las posteriores.

Cuando el rey musulmán de Zaragoza Al-Muqtadir recuperó Barbastro al año siguiente (1065), la actividad expansiva del Reino de Aragón entró en parón, pero en 1100 se produciría la definitiva incorporación de Barbastro al reino de Aragón por Pedro I.

La conquista de Barbastro ha ocasionado grandes debates y ha sido objetivo de consideraciones por parte de la historiografía medievalista, a propósito de la presencia militar francesa en la Península.⁶⁷ La campaña de Barbastro para los medievalistas españoles es considerada como algo menor, mientras que si atendemos a historiadores que han estudiado la evolución de la guerra santa en Barbastro, encontramos que tiene un carácter muy especial, ya que representa un giro decisivo en la actuación del papado en la lucha contra el Islam, así como en la sacralización de estos conflictos.⁶⁸

Haciendo referencia a los debates iniciados en los años 20 del siglo XX sobre la expedición de Barbastro, es necesario atender a la defensa de su significación llevada a cabo por Prosper Boissonade, quien veía en esta contienda el fenómeno del comienzo de la “reconquista” en la Península, con la intervención de los franceses. Carl Edmann, Jean Flori, Antonio Ubieto y Luis García Guijarro, entre otros, han ido debatiendo sobre si la expedición de Barbastro es un claro precedente de la cruzada hacia Jerusalén, o si simplemente la acción francesa en tierras de Aragón ha alcanzado un carácter sobreestimado.⁶⁹

El historiador Carl Edmann propuso en 1935 una hipótesis cuyo punto inicial partía del hecho de que lo que contribuyó a cambiar la actitud de la Iglesia respecto a la concordancia de la violencia frente las fuerzas desafiantes al papado había sido la lucha contra

⁶⁶ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península a mediados del siglo XI: Barbastro, 1064”, *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera y la convivencia*, Fundación Sánchez Albornoz, Ávila, 2009, p.411.

⁶⁷ GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, p. 60.

⁶⁸ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista”, pp. 413-424.

⁶⁹ LALIENA CORBERA, Carlos, “Guerra santa y conquista feudal”, p. 389.

los musulmanes en la Península. Edmann vinculaba la Paz de Dios (ley impuesta por la Iglesia del siglo XI para el control de la caballería) con la expedición de Barbastro, basándose en la dirección de las tropas bajo el mando de Alejandro II, tropas francas que habían recibido la indulgencia para morir en dicha expedición.⁷⁰

Desde 1970, la historiografía anglosajona se apoyó en no buscar los orígenes de la cruzada tanto en la violencia piadosa, conceptos de guerra justa o recompensas espirituales. Barbastro, para Marcus Bull supuso un episodio aislado, ya que en suma, “la idea de que la campaña de Barbastro fue una protocruzada inspirada por los nacientes ideales cruzados no está basada en una evidencia segura” y “la forma más obvia de darle sentido a la campaña de Barbastro es verla en el contexto de las otras expediciones francas en el final del siglo XI”.⁷¹

Sin embargo, según Carlos Laliena, “la expedición franca de Barbastro fue una campaña organizada por el duque de Aquitania en connivencia con el papa y la colaboración de los dirigentes locales, de Aragón y Urgell, contra una ciudad que se hallaba en un área que reunía los intereses y expectativas de los protagonistas de estas relaciones con el papado y las redes nobiliarias francas”,⁷² Laliena sostiene además que en relación a la conexión entre los linajes nobiliarios de las regiones de la frontera con al-Andalus, los métodos del papado reformista y los medios sociales de la nobleza franca de Normandía, Poitou y Champaña, contribuyeron de manera característica a la emergencia de la cruzada como una aplicación local, que se ve reflejada en concreto en la correspondencia con la campaña que tuvo lugar en Barbastro en el año 1064.⁷³ Carlos de Ayala se refiere a Barbastro como un precedente, una protocruzada respecto a privilegios espirituales e iniciativa pontificia, siendo la reacción frente a los almorávides el factor destacado, para impulsar la ideologización cruzada de la reconquista.⁷⁴ Rodríguez García, partiendo de la definición de cruzada como “un tipo de guerra justa, santa, de carácter meritorio y penitencial, autorizada por el papado en defensa de la Iglesia y que recibe una serie de privilegios materiales y espirituales”, no ve mucha diferencia entre la campaña de Barbastro respecto a la llamada Primera Cruzada de 1095.⁷⁵

Diferentes historiadores han establecido continuos debates sin quedar de manera clara si la expedición de Barbastro fue una cruzada o una protocruzada, optando no pocos historiadores en considerarla como una auténtica cruzada, quizá la primera como tal de la

⁷⁰ *Ibidem*, p. 389.

⁷¹ *Ibidem*, p. 390.

⁷² *Ibidem*, p. 412.

⁷³ LALIENA CORBERA, Carlos, “Tradiciones familiares de guerra santa. Linajes aristocráticos y conquista feudal en los siglos XI y XII en Cataluña, Aragón y Castilla”, R. Córdoba de la Llave, J. L. del Pino García y M. Cabrera Sánchez (coords.), *Estudios en homenaje al profesor Emilio Cabrera*, Córdoba, 2015, p. 280.

⁷⁴ RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, “Reconquista y Cruzada”, p. 379.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 394.

historia,⁷⁶ pero según la línea historiográfica que se siga, se adopta un punto de vista u otro, siendo un episodio aún no aclarado del todo.

3.2. Las campañas de Alfonso I el Batallador (1004-1134)

La fama de las grandes Cruzadas a Tierra Santa ha eclipsado el precedente peninsular de la conquista de Barbastro en la historiografía europea, pero lo cierto es que hoy la historiografía parece haber asumido de forma prácticamente unánime que este precedente fue el “motor espiritual” de las empresas guerreas de Alfonso I, el Batallador.⁷⁷

Alfonso, hijo del segundo matrimonio de Sancho Ramírez, rey de Aragón (1063-1094) y Pamplona (1076-1094), y Felicia de Roucy, nació en 1073. Aunque el lugar exacto de su nacimiento no se sabe, Dámaso Sangorrín propuso que fue en la ciudad de Jaca, hipótesis razonable pero no segura del todo. Lema Pueyo, en cambio, afirma que “pudo haber nacido en cualquiera de las residencias y abadías regias de la zona correspondiente a las comarcas de la Jacetania y las Cinco Villas”.⁷⁸ Su hermano mayor, Fernando, murió en 1094 y el menor de los tres hermanos, Ramiro, ingresó como monje en la abadía de Saint-Pons-de-Thomières en el año 1093. Alfonso era, pues, el segundogénito del, a su vez, segundo matrimonio de su padre. Previamente, Sancho Ramírez había estado casado con una hija del conde de Urgel, de cuyo matrimonio había nacido Pedro, su primogénito, quien reinó en Aragón y Pamplona entre 1094 y 1104.

Alfonso fue educado en el monasterio de San Pedro de Siresa, en el valle de Hecho, donde aprendió las primeras letras y algunas nociones de gramática. De su educación militar, en esta primera etapa, se encargó Lope Garcez.⁷⁹ Cuando murió Fernando, Alfonso se hizo cargo de las tierras que constituían la dote de su madre Felicia, por lo que pasó a gobernar las plazas de Buil, Luna, Ardenes y Bailo. Durante su infancia y juventud fue formando grandes amistades con personas que, una vez Alfonso rey, serían importantes en la conquista feudal del valle del Ebro, destacando a su primo Rotrou II, Gastón de Bearn, Castan o Lope Garcés.

⁷⁶ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p.43.

⁷⁷ Lema Pueyo afirma que la tradición histórica ha llamado a Alfonso I “el Batallador”. LEMA PUEYO, José Ángel, “El itinerario de Alfonso I “el Batallador” (1104-1134)”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 24 (1997), p 335. Para García Fitz es la historia quien dará el sobrenombre de *el Batallador*. GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, p.74

⁷⁸ LEMA PUEYO, José Ángel. *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Trea, Gijón, 2008, p. 44.

⁷⁹ LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, Guara, Editorial, Zaragoza, 1978, p. 20.

Muerto Sancho Ramírez (1094), su heredero y ahora rey, Pedro I, movido quizás por los legados pontificios y por el vasallaje de su padre a Roma, decidió preparar una *cruzada* contra Zaragoza (febrero-junio 1101), llegando a acampar a las afueras de la ciudad, en la colina que recibió el nombre de *Deus lo vol* o Juslibol en la actualidad (Dios lo quiere), que era el grito guerrero que utilizaban los cruzados en Oriente. Pedro fracasaría en el intento de toma de Zaragoza.

Siguiendo las palabras de José María Lacarra, “si las Cruzadas aragonesas habían precedido a las grandes Cruzadas a Tierra Santa, ahora la lucha que los aragoneses mantienen en el valle del Ebro aparecerá teñida del mismo ideal que animaba a toda la Cristiandad, y Pedro I se presentará con sus guerreros ante los muros de Zaragoza luciendo la enseña de Cristo (*cum Christi vexillo*)”.⁸⁰

El ideal que espoleaba el ánimo del rey Alfonso era, en último término, colaborar en la cruzada a Tierra Santa para liberar el Sepulcro del Señor en Jerusalén. Es por ello que todas las empresas bélicas llevadas a cabo por Alfonso I estuvieron marcadas de un fuerte espíritu de religiosidad, suponiendo la liberación de las tierras de Aragón para alcanzar la costa mediterránea y preparar así el camino por vía marítima hasta Jerusalén, acción que no pudo llegar a culminar.

Como he mencionado con anterioridad, Alfonso era el segundogénito de su generación, por lo que él no estaba destinado a regir el reino de Aragón. Sin embargo, diferentes circunstancias confluyeron para hacer que, finalmente, se convirtiera en rey: en primer lugar, la muerte de su hermano Fernando, seguida de la desaparición del hijo del rey Pedro I sin descendencia y, por último, la muerte, también de forma prematura, de su hermano Pedro I.

En 1104 Alfonso se convirtió en rey de Aragón y Pamplona, expandiendo la superficie de sus dominios durante su reinado. Respecto a su política militar, prosiguió con la estrategia de conquista iniciada por su padre y seguida por su hermano, alcanzando sus hitos principales en la ocupación de Lérida y Zaragoza, que constituyeron, a su vez, sus objetivos más cercanos. En una etapa ulterior, estaban previstas las conquistas de Tortosa y Valencia, como paso previo en un itinerario cuyo fin último debía ser el control de Jerusalén.

Alfonso comandaba personalmente el mando de sus tropas. En 1105 ocupó Ejea y Tauste. Con estas conquistas, podían darse por sometidas todas las tierras de la orilla izquierda del Ebro hasta Juslibol, estando a partir de ahí todos los movimientos dirigidos a

⁸⁰ *Ibidem*, p. 22.

controlar Zaragoza. El Batallador era también requerido para intervenir en los asuntos del sur de Francia, lo que nos indica que la figura de Alfonso tenía gran importancia entre los nobles más allá de los Pirineos. Tal es así que la salida de un gran número de caballeros procedentes del Sur de Francia para la Primera Cruzada trajo consigo un clima de inquietudes y caos, por lo que hubo quienes, en previsión de estos peligros, entraban en vasallaje de un rey poderoso para así tener protector, como así hizo el cruzado Bertrán, entre otros, buscando la protección de Alfonso para sus Estados.⁸¹

En 1108 Alfonso se casó con la reina de Castilla, Urraca, iniciándose una efímera unión dinástica de seis años, hasta 1114. Alfonso VI de Castilla fue quien concertó el matrimonio de su hija Urraca con el Batallador. El rey había cumplido los treinta y seis años y seguía soltero, una razón para que Alfonso aceptase el matrimonio, además de la suma de las dos fuerzas militares de ambos reinos peninsulares, suma con la que se podría contener en mayor medida el peligro almorrávide y perseguir sus sueños guerreros.⁸² La figura de Urraca era de lo más opuesta a la del Batallador. Había estado casada con anterioridad con el conde Ramón de Borgoña, fallecido en 1107, dejándola viuda y con dos hijos: Alfonso y Sancha. Será en 1108, con la muerte del infante don Sancho, lo que cambiará el destino de Urraca, quedando destinada a regir los reinos de León y Castilla.

El matrimonio del rey Alfonso y Urraca sufrió diversas revueltas, esto hacía que el Batallador estuviese implicado en asuntos castellanos. Este matrimonio se convirtió en un argumento político muy importante. Un hecho fundamental del matrimonio de Alfonso y Urraca fue que no tuvieron hijos, planteando un problema sucesorio.

Respecto a la ciudad de Zaragoza, que se encontraba en manos de los musulmanes, en enero de 1110 moría el rey moro de Zaragoza, Al-Mustain, abriéndose así una crisis de sucesión del último reino de taifas que sobrevivía a la oleada almorrávide. Su hijo Abd al-Malik fue reconocido por los habitantes de Zaragoza como rey, pero el gobernador de Valencia Abd Allah se dirigió a Zaragoza para apoderarse de ella junto con el emir Muhammad. La ciudad de Zaragoza les abrió las puertas y ocuparon la Aljafería, ocupándose así la ciudad por los almorrávides el 30 de mayo de 1110. Abd al-Malik y el Batallador establecieron tratos que culminarían con la campaña de conquista de Zaragoza.⁸³

⁸¹ *Ibidem*, p. 31.

⁸² *Ibidem*, pp. 33-36.

⁸³ *Ibidem*, p. 42.

3.2.1. La conquista de Zaragoza (1117-1118)

Lema Pueyo afirma que “los largos tiempos de preparación y de lentes conquistas dieron por fin su fruto. 1117-1121, fueron años que presenciaron la caída de Zaragoza, Tudela, Calatayud y Daroca. Esta ampliación de territorios, que ofreció a amplios sectores de la nobleza posibilidades de ascenso y enriquecimiento inimaginables hasta la fecha, empezó a dar forma a Aragón, tal como hoy la reconocemos”.⁸⁴

Para la conquista de Zaragoza se precisaban medios técnicos con los que asaltar las fuertes murallas de origen romano que rodeaban la ciudad, también contar con suficientes bases en el sector de la orilla derecha del Ebro, lugar donde se situaba la plaza. El 8 de julio de 1117 acudió a las puertas de Zaragoza Alfonso, acompañado del vizconde Gastón de Bearn y su hermano Céntulo, para reconocer el terreno y tantear las fuerzas enemigas. Los hermanos de vuelta al Midi francés, llevaron grandes expectativas de la posibilidad de conquistar Zaragoza, comunicándoselas a otros señores ultrapirenaicos.

A comienzos de 1118, tuvo lugar un concilio en Toulouse, donde se aprobó la expedición a la Península, de tal forma que venía a alcanzar así los honores de Cruzada, otorgándose bulas de indulgencia para conquistar Zaragoza. Acudieron a Zaragoza un gran número de señores feudales de la frontera ultrapirenaica, condes franceses importantes, encontrando de nuevo el mismo caso que para la toma de Barbastro. La figura más representativa fue el vizconde Gastón de Bearn, quien aportó mayor contingente de tropas y mandó la hueste ultrapirenaica.⁸⁵

Asedio

El asedio se organizó el 22 de mayo de 1118. Los habitantes de Zaragoza se refugiaron en el interior de la ciudad y tomaron las armas, iniciándose así un largo bloqueo, que incluyó, como era habitual en estos casos, la destrucción del entorno rural de la ciudad. Antes de cumplirse un mes del sitio, fue tomado el alcázar de la Aljafería y, con el discurrir del tiempo, comenzaron a darse situaciones de carestía de alimentos y muertes, factor que provocaría la caída de la plaza en diciembre.

Abd Allah b. Mazdali, gobernador de Granada, fue el único emir almorávide que intentó salvar Zaragoza de las tropas cristianas, pero al mes y medio de haber entrado en la

⁸⁴ LEMA PUEYO, José Ángel, *Alfonso I el Batallador*, p. 105.

⁸⁵ LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, pp. 66-68.

ciudad para ayudar en su defensa, murió. El Batallador, enterado de su muerte, persistió de manera más vehemente en el asedio de la ciudad.

Rendición y capitulación de la ciudad

Debido a las condiciones en las que se encontraban los sitiados, éstos propusieron a Alfonso una tregua, consistiendo ésta en que si no eran socorridos en un plazo de tiempo determinado, los musulmanes entregarían la ciudad al monarca aragonés. Finalmente la ciudad fue entregada el 18 de diciembre de 1118.

Inmediatamente después de conseguido el objetivo, el rey Alfonso nombró señor de Zaragoza a Gastón de Bearn, en reconocimiento de su implicación durante toda la campaña. Referente a la capitulación de Zaragoza, Ibn al-Kardabus escribió en la segunda mitad del siglo XII haciendo referencia a la generosidad y caballerosidad que tuvo Alfonso con los vencidos. Según este autor, los musulmanes que quisieran seguir viviendo en la ciudad podrían seguir haciéndolo, pagando los mismos impuestos que habían pagado con anterioridad. Por el contrario, quienes quisieran irse, podrían hacerlo libremente. También se les daba la posibilidad de seguir viviendo en sus casas del recinto urbano durante un año, para luego irse al arrabal a vivir. Los musulmanes conservarían su legislación propia y sus autoridades, dándose así una política de benevolencia y de captación por parte del rey Alfonso.

3.2.2. La muerte del rey y la interpretación de su testamento

Con la ocupación de Zaragoza, quedaba todo el reino de Zaragoza sometido a la figura del monarca cristiano, reino que en el siglo XI había gobernado la dinastía de los Banu Hud. Toda la historiografía coincide en que la ocupación de Zaragoza sirvió para que los ejércitos cristianos siguiesen con su ofensiva.⁸⁶ Las posteriores conquistas de Alfonso fueron Tudela (1119), Fuentes de Ebro, Alfajarín, Calatayud (1120), Tarazona, Daroca y Borja (1124), entre otras. Además de ello, muchas batallas y conquistas tuvieron lugar durante los sucesivos años de reinado de Alfonso hasta encontrar la muerte, tales como una expedición por al-Ándalus, una guerra con Alfonso VII de León y otro intenso conflicto en el sur de Francia. Sin embargo, fue en el verano de 1134, durante el sitio de la fortaleza de Fraga, cuando el rey encontró la muerte. El ataque de un pequeño contingente musulmán le sorprendió y derrotó el

⁸⁶ GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, p. 77.

17 de julio, recibiendo el rey numerosas heridas, causándole éstas infecciones. A causa de esas heridas murió el 7 de septiembre de 1134 en la localidad aragonesa de Poleñino. Alfonso fue sepultado cerca de Huesca, en el monasterio de Montearagón. Algunos autores han considerado a Alfonso I como el verdadero fundador del reino de Aragón.⁸⁷

Tras la muerte del rey, entró en juego uno de los documentos más influyentes y controvertidos de la Historia medieval de Aragón: su testamento, dictado durante el asedio de Bayona (1131) y renovado en Sariñena en 1134. La mentalidad de cruzado de Alfonso I y el hecho morir sin descendencia, hizo que el rey legara tanto sus dominios patrimoniales como el reino de Zaragoza, conquistado durante su mandato a las Órdenes Militares del Santo Sepulcro, del Templo y del Hospital de Jerusalén.

El sentido del testamento del rey Alfonso era comprensible dentro de la mentalidad de cruzado que lo alentaba, ya que en su ánimo se encontraba el deseo de anexionar los santos lugares; sin embargo, desde el punto de vista de la mentalidad feudal no lo era tanto, puesto que la desaparición de la figura del rey y su sustitución por órdenes religiosas y militares suponía una afrenta muy grave para la aristocracia feudal. Es por ello que ni la aristocracia aragonesa ni tampoco la navarra respetaron el testamento del rey.⁸⁸ Así, como es sabido, los nobles aragoneses llegaron al acuerdo de que en Aragón fuese su hermano menor, Ramiro, obispo de Roda, quien le sucediese en el trono, pasando a reinar como Ramiro II el Monje. Por su parte, la aristocracia navarra eligió como sucesor al trono a García Ramírez, descendiente de una rama bastarda del rey de Navarra García IV Sánchez. Pero al no llegar las órdenes militares a un acuerdo con García Ramírez, la Iglesia no lo reconoció como rey. De este modo, tras la muerte de Alfonso I el Batallador se separaron los dos reinos, después de cincuenta años de unión, quedando fijadas las fronteras definitivas entre Navarra y Aragón.

El recuerdo de Alfonso I el Batallador perduraría en el tiempo, no le faltarían elogios *post mórtum*, como los de autores o crónicas que no tenían hacia el rey gran estima: por ejemplo, Ibn al-Athir, quien en sus *Annales* mezcla sentimientos de admiración y rechazo con cierta ambigüedad; o la *Chronica Adefonsi imperatoris*, censora en muchas ocasiones de los actos del monarca con gran parcialidad,⁸⁹ que termina la evocación de su memoria con estas palabras: “ni antes ni después de él, hubo en Aragón rey que se le pareciera ni en lo fuerte, ni en lo prudente, ni en lo belicoso”.⁹⁰

⁸⁷ *Ibidem*, p. 78.

⁸⁸ LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, pp. 140-143.

⁸⁹ LEMA PUEYO, José Ángel, *Alfonso I el Batallador*, pp. 387-388.

⁹⁰ LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, p. 144.

IV. LA PRIMERA CRUZADA A JERUSALÉN (1099)

4.1. El Concilio de Clermont (1095)

En la Primera Cruzada tuvo suma importancia el papa Urbano II, cuyo pontificado estuvo marcado por el enfrentamiento que mantenía con el emperador alemán Enrique IV⁹¹ y por el comienzo del movimiento cruzado. Estos dos hechos están relacionados con la política papal, orientada a consolidar los principios de la reforma que había llevado a cabo el papa anterior, Gregorio VII, conocida como *reforma gregoriana*.⁹² En este contexto, desde que Urbano II ascendió al poder en Roma, en 1094, manifestó una clara voluntad de continuar con el espíritu de la reforma y consolidar su liderazgo sobre la Cristiandad occidental.

Por ello, no es de extrañar que todo el movimiento que se originó hacia la maquinaria cruzada se pusiera en marcha en 1095,⁹³ siendo el concilio de Clermont la bisagra donde confluyeron los aspectos de la única reforma, la que situaría al papa al frente de la cristiandad, frente a cualquier otro líder secular que quisiera arrogarse tal acto.⁹⁴ En consecuencia, el concilio de Clermont no fue improvisado, debido a que Urbano II había diseñado toda una estrategia cuyo fin mismo era la consolidación de su triunfal reformismo. En noviembre de 1095 llegó a Clermont, localidad situada en Auvernia, al oeste de Borgoña y norte del condado de Tolosa. En el transcurso del camino, Urbano II tomó contacto con tres personas importantes para su empresa. El primero de ellos fue Ademar de Monteil, obispo de Le Puy, donde el papa convocó el concilio. La segunda persona fue con Raimundo de Tolosa, quien se había empleado a fondo en la *reconquista* de la Península Ibérica. La tercera persona con quien se reunió fue el gran abad de Cluny, san Hugo. Este último contacto hace suponer que Urbano II contó con la eficiente militancia espiritual de los cluniacenses.

El concilio de Clermont⁹⁵ se desarrolló en dos tiempos. En las sesiones formales iniciadas el 18 de noviembre se trataron cuestiones canónicas que habían motivado al concilio, siendo el punto culminante la predicación de la cruzada el 27 de noviembre a una gran cantidad de público, congregado en el atrio de la catedral. Durante las sucesivas

⁹¹ El emperador convirtió a un obispo cercano a él en papa, Clemente III, conocido como el *antipapa* Clemente.

⁹² Reacción de la Iglesia ante la intromisión del poder secular en su funcionamiento. Constituyó la apuesta de la Roma de los papas para la conformación del mundo civilizado siguiendo un modelo propio, consistente en ejercer la hegemonía pontificia sobre una sociedad profundamente eclesializada. DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 87.

⁹³ Véase, Anexo 4.

⁹⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 88.

⁹⁵ Véase, Anexo 5.

sesiones, se aprobaron 32 cánones, quedando de manifiesto que era urgente sanear el clero y someterlo a la autoridad de la Iglesia, sin ninguna intromisión secular. Es por ello que uno de los objetivos prioritarios era la independencia de la Iglesia, previa al ejercicio de una creciente influencia social, reflejado en la imposición de una orden por parte de la Iglesia: la *Paz de Dios*.⁹⁶ Con esto, la Iglesia se encargaba de domesticar la violencia injustificada y la orientaba a sus fines propios. En lo que respecta al propósito cruzado, la Iglesia invitaba a comprometerse con el peregrinaje liberador, recurriendo para ello a transformarlo en un camino del perdón de los pecados, quedando así identificada la cruzada liberadora con la peregrinación redentora.⁹⁷

Las medidas adoptadas en Clermont por parte de la Iglesia querían cimentar una sociedad pacificada mediante su control y, con el liderazgo del papa, capaz de exportar este modelo más allá de Occidente, a través de la cruzada. Así, el colofón al programa de reformismo pontificio tuvo lugar el 27 de noviembre de 1095, cuando Urbano II se dirigió tanto a los prelados de la Iglesia como al pueblo en general, para convocarlos a una empresa que tendría al sumo pontífice como único líder, sin la intervención de ningún otro soberano. No se conservan documentos que recojan el discurso del papa, pero sus palabras han llegado a través de testimonios cronísticos de autores que las interpretaron desde su perspectiva personal, si bien son, en su mayor parte, posteriores a la toma de Jerusalén.⁹⁸ No obstante, el análisis de estos relatos por diferentes especialistas ha proporcionado interesantes reflexiones sobre el sentido del discurso papal, en torno, sobre todo, al objetivo de la llamada, sus destinatarios y su acogida entre el resto de la población.

El objetivo del papa con la llamada a la cruzada alude a dos justificaciones: la primera de ellas sería prestar ayuda a los cristianos orientales –más concretamente, al emperador Alejo I–, amenazados entonces por los turcos; y la segunda, la liberación de Tierra Santa y, de modo especial, de la ciudad de Jerusalén, donde su conquista adquiriría ante los ojos de la caballería un significado que ninguna otra ciudad tenía.⁹⁹ Jerusalén, en la mentalidad medieval, tenía un extraordinario significado simbólico, tal y como afirma Flori era “el corazón de la herencia cristiana, su cuna, el lugar santo por excelencia, fuente de gracia y de salvación, verdadero centro místico de la cristiandad”.¹⁰⁰ En este punto, hay autores modernos que subrayan el

⁹⁶ Tregua formal e inviolable que había de tener lugar entre los lunes y jueves. DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 91.

⁹⁷ GARCÍA FITZ, Francisco, *La Edad Media*, pp. 177-179.

⁹⁸ En referencia a una carta dirigida a unos monjes que se quieren unir a los *milites* que parten hacia Jerusalén, véase, anexo 6.

⁹⁹ KEEN, Maurice, *La caballería*, p.86.

¹⁰⁰ GARCÍA FITZ, Francisco, *La Edad Media*, p. 177.

objetivo referente a la liberación y toma de Jerusalén como la prioritaria preocupación del papa Urbano II. Esta tesis la defienden, entre otros, Cowdrey y Riley-Smith.¹⁰¹ En lo que respecta a los destinatarios de la llamada, la historiografía ha destacado que, tras la grandilocuencia del discurso del papa, que convocó a la cruzada aparentemente a la totalidad del “pueblo de Dios”, se encontraba una llamada dirigida fundamentalmente a los varones de la aristocracia, puesto que eran ellos quienes encarnaban más directamente el ideal del caballero cristiano implícito en el discurso eclesiástico del reformismo, como sostenedores de la fe y representantes del comportamiento entre la sacralizada caballería y la religiosidad militante. Es por ello que la purificación cruzada se presenta por parte de la Iglesia como transformadora de la vida de quienes, hasta ese momento, aún se encontraban al margen de la Iglesia y de los preceptos que ésta promulgaba.¹⁰²

Así, numerosos caballeros se vieron afectados por el llamamiento del papa,¹⁰³ y muchos de ellos optaron efectivamente por realizar un cambio radical en su estilo de vida, caracterizado, en muchos casos, por el ejercicio indiscriminado de la violencia. Con este propósito, respondieron a la llamada a la cruzada. En el sermón y propaganda de la cruzada, la idea de la misión cristiana de caballería como una orden aparece de forma clara, lo que supuso una transformación positiva de la manera de vida caballeresca.¹⁰⁴ Junto con los caballeros, muchas otras personas, de origen popular, acudieron a la convocatoria, consiguiendo la Iglesia un doble objetivo: eliminar factores de violencia en Occidente y poner en práctica ese reformismo expansivo a través de los cruzados.¹⁰⁵

La recepción del mensaje del papa fue mayor de lo que se esperaba, teniendo éste tres cuestiones fundamentales: la cruzada sería dirigida por el obispo de Le Puy, ya que de haber sido dirigida por cualquier rey de la cristiandad habría minusvalorado el papel de la Iglesia y la hegemonía que se pretendía por su parte. Por otro lado, el papa quiso que hubiese un ejército único bajo el mando de Raimundo IV, pero sometido a la autoridad del obispo legado. Finalmente, el papa sabía que la colaboración de las ciudades italianas debía ser indispensable, puesto que podían dar cobertura naval en una empresa de semejantes magnitudes, por lo que se hizo acompañar del arzobispo Daimberto de Pisa en Clermont. Además de todo ello, antes de finalizar el año 1095, desde Limoges, el papa solicitó la ayuda de los flamencos y en los primeros meses de 1096, Urbano II, en un concilio reunido en

¹⁰¹ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 92.

¹⁰² GARCÍA FITZ, Francisco, *La Edad Media*, pp. 179-180.

¹⁰³ Véase, Anexo 6.1.

¹⁰⁴ KEEN, Maurice, *La caballería*, p. 75.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 93.

Tours, predicaba de nuevo la cruzada, para en julio ir a los territorios del Languedoc, donde tuvo lugar el concilio de Nîmes.

4.2. Pedro el Ermitaño y la implicación popular en la Primera Cruzada

Urbano II había encomendando a los obispos la tarea de predicar¹⁰⁶ la cruzada, circunstancia que provocó, a corto plazo, la reinterpretación del mensaje papal por los responsables de realizar la predicación y, con ello, la tergiversación de su contenido original. Tal es el caso que la gratificación espiritual que recibían los cruzados, consistente en el perdón total de sus pecados, pudo deberse a la incoherencia de las diferentes predicaciones tal y como señala Mayer.¹⁰⁷ En este sentido, Carlos de Ayala señala que, “lo que se ofrecía en realidad es la remisión de las penas que conlleva la inevitable comisión de pecados, porque lo que no podía otorgarse de ninguna manera era una especie de blindaje inmunizador frente al hecho mismo de pecar”.¹⁰⁸ En el fondo, todo apunta a que el problema se debía a los evangelizadores populares, quienes carecían de preparación intelectual, pero utilizaban mensajes radicales nuevos para atraerse a la gente pobre o ignorante.

Debido al fuerte componente popular que tuvo el movimiento cruzado, surgieron movimientos de radicalismo penitencial y milenarismo apocalíptico, impulsados a su vez por el contexto social y económico. En Europa occidental se dio un periodo de superpoblación, donde no fueron pocos los campesinos que intentaron probar suerte emigrando a las ciudades. Sumado a ello las irregularidades climatológicas y agrícolas anteriores a 1095, junto con las enfermedades producidas, podemos dilucidar un panorama social dramático.

Gentes enloquecidas por el hambre, desesperadas y empobrecidas, sirvieron como caldo de cultivo para movimientos populares desarrollados en torno a predicadores, cuya arma de poder era la anunciaciόn de tiempos mejores, de salvación, reflejados en la venida de Cristo, inaugurando así el nuevo milenio y gobierno de Dios. También a estos predicadores se les atribuía la tarea de salvar a la sociedad de elementos corruptos, explotadores y enemigos de Dios que impedían el triunfo de su causa justa. A todo este ambiente de miseria, se sumó la predicación de la cruzada. Entre algunos de los responsables populares están Roberto de Abrissel (fundador de la orden de Fontvrault) y, en mayor medida, Pedro *el Ermitaño* (el

¹⁰⁶ La predicación de la cruzada se produce antes y durante toda la campaña cruzada, tanto en retaguardia como en el frente. Toda campaña de predicación tiene el objetivo de convencer a la gente para que crea y actúe. RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, *La cruzada en tiempos de Alfonso X*, Sílex, Madrid, 2014, p. 111.

¹⁰⁷ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 96.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 96.

monje harapiento de Amiens), cuyas predicaciones estaban basadas en inspiraciones espontáneas.

Dentro de este movimiento cruzado popular, destacan tres elementos esenciales que han servido para caracterizarlo, elementos que de una manera u otra se hallaban presentes en el discurso oficial de la cruzada, pero fueron readaptados según el punto de vista de cada predicador. Estos tres elementos son: igualitarismo social, penitencia purificadora y el advenimiento de la Jerusalén celestial. Por todo ello, la movilización popular en respuesta a la convocatoria papal ha sido denominada, genéricamente, como *cruzada de los pobres*. Cronológicamente, este movimiento fue anterior al movimiento cruzado oficial, y al frente del mismo se situó un sacerdote conocido como *el Ermitaño*, que logró transmitir entre los campesinos y todo tipo de gentes humildes el estricto mensaje papal.¹⁰⁹

Todas las personas independientemente de su edad, condición o sexo, estaban llamadas a responder ante el llamamiento de Urbano II. El cruzadismo oficial (del papa Urbano II) procuró reconducir su llamada hacia la clase caballeresca, mientras que el cruzadismo popular amplió las bases potenciando aún más la adhesión de cualquier persona, como ya he mencionado. Mujeres y niños acudían a las predicaciones que se realizaban y seguían a sus líderes en el peregrinaje.

La cruzada popular de Pedro *el Ermitaño*, según su cronista oficial, Alberto de Aix, pudo tener unos 20.000 seguidores, encontrándose entre ellos hombres y mujeres.¹¹⁰ A esta cruzada hacia Jerusalén se sumaron condes alemanes de la baja nobleza junto con trescientos o cuatrocientos caballeros. El camino a seguir para los cruzados supuso un esfuerzo personal y familiar de enorme magnitud, pero entre los pobres que secundaron la cruzada del *Ermitaño* el esfuerzo aún fue mayor. La cruzada de Pedro tardó en llegar desde Colonia a Constantinopla unos tres meses y medio, por vía terrestre, atravesando Hungría y siguiendo el curso del Danubio hasta Semlin, para penetrar por Belgrado (bajo dominio bizantino) y seguir vía Nish-Sofía-Adrianápolis hasta llegar a Constantinopla. Ante el desplazamiento de esta avalancha de cruzados adelantados a la cruzada oficial, las autoridades alemanas, húngaras y bizantinas debían facilitarles el paso y proveerlos de abastecimiento, pero a todos les sorprendió desprevenidos. El grueso de la cruzada era conducido por Pedro, pero le había antecedido un grupo compuesto por franceses dirigido por Gualterio; mientras que en Alemania aún quedaban cruzados esperando a partir.

¹⁰⁹ Sobre el espectro social que respondió a las llamadas del Ermitaño, se ha insistido en la presencia de campesinado, hasta el punto de dar lugar a la expresión “cruzados campesinos”, matizada, entre otros, por Tyerman. TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p.74.

¹¹⁰ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 99.

Como era de esperar, se dieron problemas de convivencia, insubordinaciones y rapiñas sobre los campos y ciudades que acogieron a los peregrinos. Aún así, poblaciones bizantinas les ayudaron de forma significativa. El emperador bizantino Alejo trató con respeto y cortesía al *Ermitaño*, aconsejándole con prudencia para que los suyos no fuesen aniquilados por los turcos. La marina bizantina trasladó a los cruzados de Pedro, y comenzaron las incursiones contra posiciones turcas cercanas a Nicea. Los cristianos cruzados se lanzaban al saqueo de aldeas. La acción más sorprendente fue la toma de la fortaleza de Xerigordon, pero los turcos iniciaron un sitio posteriormente. Ante la venida de los cristianos, los turcos les hicieron llegar falsas informaciones que les llevaron a un avance masivo en dirección a Nicea.¹¹¹

Tras iniciar el avance hacia Nicea, los turcos aprovecharon esta expedición para arrasar a los cruzados, quedando pocos supervivientes que fueron conducidos por las tropas bizantinas a las afueras de Constantinopla. Terminaba así la cruzada de Pedro *el Ermitaño* antes de finalizar el año 1096, cuyo líder había abandonado a los suyos antes del desastre final, huyendo a Constantinopla. La cruzada popular se convirtió en un movimiento que quedaría en el recuerdo de las cruzadas. En relación con lo hasta aquí acontecido, haré una breve referencia hacia los *judíos*, puesto que a ellos se les achaca la traición de la venta de Cristo que había provocado su muerte. Tal es así que los seguidores alemanes de Pedro, que aún permanecieron más tiempo en tierras germánicas, se preguntaron por qué no comenzar la cruzada por los enemigos más cercanos, es decir, los judíos.¹¹²

Muchas zonas del Occidente europeo y ciudades episcopales del Rin estaban llenas de colonias de judíos, relacionados éstos con los negocios de la zona, a quienes se les achacó el empobrecimiento de muchos campesinos. Para purificar la sociedad, estos germanos comenzaron a matar a judíos, produciéndose entre mayo y junio de 1096 grandes matanzas de éstos a manos de los cruzados. Las más destacadas sucedieron en Worms, Mainz y Metz. Como afirma Tyerman, los judíos eran tenidos por enemigos de la Iglesia en general; en particular, habían matado a Jesucristo. “Las tres crónicas hebreas de los pogromos se muestran de acuerdo en la persistencia del tema de la venganza por la Crucifixión. La propaganda religiosa populista y la codicia material se combinaron para crear un cóctel obsceno de carnicería y fanatismo”.¹¹³

¹¹¹ *Ibidem*, pp. 101-102.

¹¹² TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, pp. 127-128.

¹¹³ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 133.

Para muchos, esto supuso la purificadora antesala de lo que sería la heroica entrada a Jerusalén, objetivo último de la cruzada.¹¹⁴ Jerusalén, para los cruzados, era mucho más que el lugar histórico de referencia cristiana. Quienes creían en el milenio, pensaban que Jerusalén era la liberación de su realidad terrenal, una parcela del Paraíso donde los pobres alcanzarían su plenitud junto a Dios. Cuando los cruzados veían en el horizonte las murallas de una ciudad, se preguntaban si ya habían llegado a Jerusalén, una muestra más del ansiado deseo de alcanzar la Ciudad Santa.

4.3. Los líderes de la cruzada

Urbano II pensaba en que los barones podrían ser los caudillos del ejército que se estaba preparando para partir hacia Jerusalén, así como los brazos armados de la Iglesia para llevar a cabo las pretensiones del papa. Con ello, serían miles de caballeros, los que constituirían el grueso del peregrinaje de personas que participaron en la primera cruzada como tal. Caballeros de segunda, tercera y cuarta fila se pusieron en marcha. La sociedad francesa era la procedencia fundamental del reclutamiento cruzado.¹¹⁵

Debido a que la transmisión de la herencia familiar beneficiaba a los primogénitos, al resto de varones sólo les quedaba la carrera eclesiástica o buscar fortuna a través de la venta de su servicio de armas. De esta forma podemos pensar en el futuro que se les podía abrir a los jóvenes de familias secundarios, pudiéndose labrar un prestigio en tierras de Oriente. No todos los caballeros reclutados en la cruzada pertenecían a sectores marginados de la aristocracia. Muchos otros eran cabeza de familias que poseían grandes patrimonios y disfrutaban de una buena posición social.¹¹⁶

Entre los caballeros que decidieron poner rumbo hacia la cruzada, encontramos casos motivados por motivaciones materiales o por un sentimiento de marcado carácter de sinceridad a la conversión personal, que se viese plasmado en el llamamiento papal como vía de purificación ante sus pecados. Para muchos, realizar el viaje a Tierra Santa suponía dejarlo todo e incluso llegar a empeñarse, debido a que la cruzada suponía una gran cantidad de dinero: el costoso equipo militar y la gran clientela vasallática que movilizaban tras ellos, nos sirve como ejemplo para entenderlo. Meses previos a la movilización los prestamistas

¹¹⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 104.

¹¹⁵ Una obra de referencia respecto a cómo organizar una cruzada es la de TYERMAN, Christopher, *Cómo organizar una cruzada: el trasfondo racional de las guerras de Dios*, Crítica, Barcelona, 2016; quien analiza la compleja trama organizativa que implicaba una expedición de estas características.

¹¹⁶ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 107.

experimentaron un gran auge, prestamistas que no siempre fueron judíos. Muchos de estos préstamos se solicitaron a iglesias y en mayor medida a monasterios. Se esperaba que cada cruzado consiguiera su propia financiación, teniendo en cuenta que las instituciones de la Iglesia ofrecerían condiciones eficaces y que los cruzados disfrutarían de la protección jurídica que se otorgaba a cada peregrino que partiese hacia Tierra Santa.¹¹⁷ Los cartularios de algunos establecimientos cluniacenses muestran cómo los cruzados les entregaban sus bienes inmuebles para recibir a cambio dinero y cabalgaduras, con lo que hacer frente a la cruzada. Estos bienes “hipotecados” pasarían a la total disposición de la institución acreedora si quien realizaba el préstamo moría o decidía permanecer de manera definitiva en Tierra Santa.¹¹⁸

Ante la llamada de Urbano II, cuatro grandes ejércitos fueron los que se pusieron en marcha, aunque no se consiguió crear un único ejército al mando del delegado pontificio, pero sí que fueron los heterogéneos territorios de la Francia histórica, desde Lorena hasta el condado de Tolosa, los que se vieron inmersos en un mayor flujo de reclutamiento. También los territorios normando del sur de Italia aportaron un gran número de cruzados. Vemos que confluyen zonas donde la presencia de Cluny es activa, lugares donde la reforma gregoriana había calado y principados donde sus líderes estaban implicados en cierta medida con las *guerras santas pontificias* que desde décadas atrás venía promulgando el papado.

Quedaron al margen de este reclutamiento y/o alistamiento de cruzados el Imperio, así como zonas del norte y centro de Italia. También la Inglaterra de Guillermo II el Rojo¹¹⁹ y la Península Ibérica, ya que, en este caso, era el papa mismo quien alentaba a que no se desistiera en el esfuerzo bélico que se estaba llevando a cabo contra los musulmanes.

Es por estos motivos por los que fue a partir de la Europa del “reformismo pontificio” desde donde se organizaron los cuatro grandes ejércitos que iban a integrar en su plenitud la Primera Cruzada, encontrando el de los lorenenses de Godofredo de Bouillon, el de Bohemundo de Tarento y normandos del sur de Italia, el de los franco-normandos del duque Roberto y el de los languedocianos y provenzales de Raimundo de Saint-Gilles. Ambos ejércitos se pusieron en marcha prácticamente en el verano de 1096. Salvo el ejército de Godofredo de Bouillon, que fue el primero que llegó a Constantinopla antes de acabar el año, los otros tres llegaron a Bizancio en el mes de abril de 1097.

¹¹⁷ RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, *La cruzada en tiempos de Alfonso X*, p. 69.

¹¹⁸ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 108.

¹¹⁹ Debido a que no se respetaba apenas la jerarquía eclesiástica.

4.3.1. Godofredo de Bouillon

Godofredo movilizó a los lorenenses, siendo el primer ejército organizado en responder a la llamada del papa para la cruzada. Este ejército lo integraban vasallos del emperador, dado que Godofredo era vasallo suyo como duque de la Baja Lorena. Resulta curioso que el nombre de Godofredo se halla principalmente asociado a su señorío patrimonial, situado en torno a la fortaleza de Bouillon, en las Ardenas.

Cuando Godofredo apoyó las tesis del reformismo papal, la fidelidad de éste hacia el emperador se vio alterada, ya que desde estas tesis luchó por la independencia de los monasterios de la zona de Lorena y se opuso a la sistemática intrusión imperial en materia de investiduras. En torno a la figura de Godofredo debido a sus sentimientos de cruzado y el futuro exitoso que alcanzaría en Tierra Santa, se tejió en torno a él una serie de leyendas. Lo que sí queda de manifiesto es que Godofredo concentró un numeroso ejército, compuesto por un gran número de caballeros, destacando su hermano menor, Balduino de Boulogne, y su primo Balduino de Rethel.¹²⁰

4.3.2. Bohemundo de Tarento

Bohemundo estaba al mando del segundo cuerpo expedicionario, integrado por normandos del sur de Italia. Bohemundo era el primogénito de Roberto Guiscardo, con quien había colaborado en las campañas sostenidas frente a Bizancio en los Balcanes. Su padre le privó de la herencia familiar en favor de un hermano menor, conservando solamente Tarento y otros puntos de los territorios de las tierras de Otranto. Quizás esta situación le llevó a aprovechar la cruzada para hacerse con dominios en Tierra Santa, los cuales se le habían privado en Occidente.¹²¹

Fueron las noticias sobre las movilizaciones que se estaban produciendo el factor que hizo que se formase un ejército normando, puesto que entre los normandos no se había predicado la cruzada. Este ejército no era de gran tamaño, pero estaban bien entrenados y dispuestos al combate. Entre los personajes destacados que acompañaron a Bohemundo se

¹²⁰ MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las Cruzadas*, pp. 66-67.

¹²¹ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, pp. 110-111.

encontraban su sobrino Tancredo y un cronista cuyo nombre se desconoce, autor de la *Gesta Francorum*.¹²²

4.3.3. Raimundo de Saint-Gilles

Raimundo era conde de Tolosa y marqués de Provenza. Sus dominios fueron un gran punto de apoyo para el papa. Era un *miles sancti Petri*, a quien en 1074 se había dirigido el papa Gregorio VII para defender los derechos de la Iglesia frente a los normandos (de Roberto Guiscardo) y frente al avance de las tropas selyúcidas sobre el imperio de Constantinopla. Tradicionalmente se ha venido diciendo que Raimundo participó en las iniciativas pontificias de “reconquista” cristiana en la Península Ibérica. Según Bernard F. Reilly, no es del todo seguro que Raimundo participase en la expedición francesa que fracasó frente a los muros de Tudela en 1087.¹²³

La unión en 1095 de Raimundo a la cruzada fue meditada y negociada con el pontífice, quedando clara su posición de aliado de la Iglesia, así como su vocación de cruzado, condiciones que le llevaron a la aspiración de ejercer el liderazgo de la expedición hacia Jerusalén. Raimundo junto con el obispo de Le Puy, delegado del papa y vasallácticamente vinculado al conde de Tolosa, puso en marcha su gran ejército. A Raimundo le acompañaron caballeros de alto rango como el vizconde Gastón de Bearn, así como el obispo Guillermo de Orange y un “cronista oficial”, Raimundo de Aguilers.

4.4.4. Roberto de Normandía

Roberto de Normandía era el primogénito de Guillermo *el Conquistador*, pero solamente recibió la herencia patrimonial del ducado y no el reino adquirido de Inglaterra. Roberto compartía el liderazgo del ejército junto con su cuñado Esteban de Blois y con el conde de Flandes Roberto II, cuyo padre Roberto I había sido peregrino y mercenario al servicio del emperador Alejo de Bizancio. En este último ejército destacaron numerosas personalidades: el obispo Odón de Bayeux y un clérigo, llamado a ser el principal testigo historiográfico de la cruzada, Fulquerio de Chartres.¹²⁴

¹²² Narración de gran contenido historiográfico. Se realiza un gran elogio de la propaganda política llevada a cabo por su señor, el conde Bohemundo.

¹²³ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 111.

¹²⁴ MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las Cruzadas*, p. 70.

4.4. Composición e itinerario del ejército cruzado

La historiografía no ha logrado aún establecer un criterio unánime sobre el contingente numérico de estos primeros ejércitos cruzados. Si atendemos al balance establecido por Jean Flori, hay dos evidencias que distan la una de la otra: abultadas cifras proporcionadas por los cronistas y los ajustes a la baja que utilizan modernamente los especialistas. Resulta muy difícil establecer un número concreto, puesto que pese a abogar por una reconsideración en cuanto a los datos que ofrecen los cronistas, Flori no concreta su punto de vista ofreciendo diferentes alternativas.¹²⁵ Runciman, por su parte, estableció en su día una reconstrucción numérica que parece razonable, unos pocos más de 4.000 caballeros movilizados en total por los líderes cruzados y en torno a 30.000 infantes o peones que les acompañarían, es decir, una proporción de uno a siete.¹²⁶ Riley-Smith ofrece unas cifras distintas, incrementando hasta 7.000 los caballeros y a más de 80.000 los peones, mientras que Franco Cardini estima en unos cientos el número de caballeros y en unos miles el número de infantes.¹²⁷

Cada autor maneja cifras diferentes, siendo la hipótesis de Runciman la que ofrece mayor credibilidad, coincidiendo con el gran conocedor de la guerra medieval, Philippe Contamine, para quien las tropas auxiliares de a pie podrían haber sido muy numerosas en la cruzada, mientras que unos cuantos miles serían los caballeros, siendo pocos centenares los que contaría con una montura adecuada que pudiese soportar una carga a la hora del combate.¹²⁸ La diferencia de número entre una minoría de caballeros bien armados y una gran masa de infantes o peones equipados de desigual manera nos sitúa ante la básica estructura de lo que es un ejército medieval, pero sin ser una clásica formación feudal, puesto que esta última estaba acotada según una jerarquía y graduación social.

Debemos pensar que el primer gran ejército cruzado en su conjunto no presentaba un aspecto demasiado “caballeresco”, no todos los cruzados eran combatientes. Muchos peregrinos armados iban acompañados de sus mujeres, y éstas de doncellas y criadas. Niños y adolescentes constituían un grupo importante que acompañaba a los cruzados, junto con personas que eran incapaces de hacer uso de las armas, ancianos y pobres; apreciándose un heterogéneo conjunto de personas que partieron hacia Oriente. Entre los no-combatientes también clérigos y monjes, sermoneando y manteniendo vivo el ánimo de los cruzados, para quienes ofrecían misa y les oían en confesión.

¹²⁵ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 113.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 113.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 113.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 113.

Los cuatro ejércitos partieron hacia Oriente desde lugares y tiempo diferentes. Godofredo escogió la ruta terrestre de la cruzada del *Ermitaño*, a través de Hungría. Bohemundo partió del puerto de Bari hasta las costas adriáticas bizantinas, para proseguir desde Durazzo hasta Constantinopla. Las tropas de Raimundo bordearon la costa adriática por Dalmacia, conectando así con la vieja calzada romana hasta llegar a la capital. Desde el sur de Italia y en oleadas sucesivas, el ejército de Roberto de Normandía y Roberto de Flandes, alcanzaron la misma vía romana hasta alcanzar Constantinopla. El trayecto hasta Constantinopla fue más organizado que la desordenada avalancha de la cruzada popular, produciéndose incidentes, en parte por las autoridades locales que debían recibir a los cruzados y a sus líderes.

Las autoridades podían pensar que las nuevas oleadas de personas eran un renovado episodio de las violentas hordas que habían producido saqueos con la cruzada del *Ermitaño*, mostrando entonces una actitud no siempre amistosa por parte de las autoridades. Pese a ello, no fueron muchos los incidentes, ni tan poco muy relevantes. Las tropas bajo mando de Bohemundo saquearon una aldea macedonia de forma cruenta. Los soldados de Raimundo, tras sufrir a los eslavos por los caminos de Dalmacia, se vieron hostigados por los mercenarios pechenegos, a quienes el emperador bizantino había mandado vigilar. Algunas de las tropas del conde de Flandes, que no quisieron desembarcar en los puertos del Adriático, fueron interceptadas por la marina bizantina y hubieron de enfrentarse con ella.

A la recepción no de buen grado por parte de los bizantinos, le sucedieron las negociaciones del emperador con los líderes cruzados, una vez que se establecieron acampados a las afueras de Constantinopla. Las negociaciones desde un principio se entendieron de diferente forma, y es que el punto de vista del emperador estaba claro desde un principio, debido a que él había solicitado ayuda a Occidente, aunque no esperaba la ayuda en forma de ejércitos masivos liderados por aquellos, de los cuales recelaba. Aún con todo, Alejo les dio la bienvenida, pero respetando unas mínimas condiciones, que beneficiaban al emperador: los cruzados podrían actuar con autonomía pero siempre en favor del emperador y sometiéndose a su voluntad, para que Bizancio pudiese recuperar las posiciones que les habían sido arrebatadas por los turcos en Anatolia y en la zona del litoral septentrional sirio, en concreto Antioquía. Más allá, se les daba a los cruzados la oportunidad de crear principados territoriales autónomos, pero vinculados al imperio.

Por su parte, el punto de vista de los cruzados distaba de las condiciones del emperador. La idea del papa no era someter a los ejércitos a la autoridad de éste, sino frenar el avance musulmán junto con él, para restaurar bajo la soberanía pontificia la presencia

cristiana en Tierra Santa y sus lugares cercanos. Con ello el papa pensaba que a medio o largo plazo se efectuaría la reunificación de la cristiandad bajo la hegemonía de la Iglesia de Roma.¹²⁹ La perspectiva del papa era mantenida en parte por los líderes de la cruzada, quienes al margen del emperador deseaban crear principados independientes en Tierra Santa.

Para atraerse a los cruzados hacia su causa, Alejo los colmó de grandes regalos. A cambio, éstos tenían que hacer un juramento de fidelidad que vinculara políticamente su destino al del imperio. Su estrategia, acabó imponiéndose. El primer cruzado que cayó en la estrategia del emperador fue el hermano del rey Felipe de Francia, Hugo de Vermandois. En cuanto a los caudillos de la cruzada, ni Godofredo ni Raimundo se mostraron sumisos al emperador. Godofredo era vasallo del emperador de Occidente y Raimundo se consideraba el líder de la cruzada, así como intérprete de la voluntad política del papa. No veía bien una sumisión vasallática a Alejo porque podría desestabilizar el proyecto occidental.

Alejo, ante su empeño, llegó a emplear la coacción y la fuerza, acciones que harían que Godofredo se viese obligado a ceder, al igual que Raimundo, pero éste último mediante un juramento que no parecía comprometerle a nada realmente. Bohemundo se mostró acorde con los planes del emperador, sometiéndose a él y esperando que Alejo le concediese la dignidad de *Gran Doméstico de Oriente*, comandante militar en jefe sobre los bizantinos y latinos en el área de reconquista turca.

Todos los líderes de la cruzada, sin renunciar a sus intenciones, se ajustaron al plan del emperador. Tras los acuerdos establecidos, los cuatro ejércitos fueron trasladados a la otra orilla del Bósforo, estando a finales de abril de 1097 en Nicomedia. Nicomedia estaba a poca distancia de Nicea, lugar que sería el primer objetivo de la cruzada en su camino hacia Jerusalén.

4.5. Desarrollo de la Primera Cruzada

4.5.1. Nicea y Dorileo

La cruzada se puso en marcha hacia Nicea, cuya conquista era capital para los líderes cruzados y autoridades bizantinas. Los turcos del sultanato de Rum habían hecho de Nicea la residencia de sus sultanes. Los cruzados aprovecharon la ausencia del sultán de Nicea para

¹²⁹ *Ibidem*, p. 116.

asediar¹³⁰ los muros de la ciudad durante mes y medio (de mayo a junio de 1097), derrotando en campo abierto a las fuerzas del sultán, aunque fue necesaria una flota bizantina para incrementar el bloqueo a Nicea.¹³¹

La ciudad se rindió porque los bizantinos negociaron la rendición con el gobernador de la plaza, sin el suficiente conocimiento de los cruzados, pensando muchos que era una traición por parte de los bizantinos. Con esta entrega, Nicea se libraba del saqueo de las tropas cruzadas, quienes comenzaron a desconfiar del emperador, el cual no había participado de manera directa en las operaciones militares, pero con la labor de sus vasallos había recuperado intacta una ciudad de suma importancia estratégica.¹³²

Tras la toma de Nicea, quedaba proseguir el camino hasta la ciudad siria de Antioquía, a gran distancia de Nicea. Desde Nicea hasta Antioquía debían de internarse por una calzada que transitaba por el valle de Dorileo. El último día de junio, estando acampado el ejército al mando de Bohemundo (formaba la vanguardia) y encontrándose divididos debido a problemas de abastecimiento, los franceses fueron atacados por los turcos del sultán del Rum, empleando un ataque consistente basado en oleadas sucesivas de hombres. La retaguardia cruzada fue en rescate de la vanguardia, replegándose los turcos, convirtiéndose así el 1 de julio de 1097, la batalla de Dorileo, en la primera gran victoria de los cruzados, con consecuencias decisivas, siendo ahora el ejército cruzado digno de valorar frente a sus enemigos.¹³³ Como señala Carlos de Ayala, tras la victoria de Dorileo se ve una doble tendencia: el imperio bizantino aprovecha el debilitamiento turco en Anatolia para reconstruir su imperio en Asia Menor y a su vez se “desentiende” del futuro que adoptará la cruzada; mientras que por otro lado el ejército franco se reafirma en su objetivo sirio-palestino y debido al distanciamiento con los bizantinos, buscará nuevos aliados cristianos anatólicos.¹³⁴

Bizantinos y franceses mantendrían una colaboración eficaz hasta el asedio de Antioquía, permaneciendo un cuerpo del ejército bizantino con los cruzados. El ejército franco en su avance a Antioquía sufrió de hambre y sed, en especial el pueblo no armado. El grueso del ejército cruzado marchó hacia el interior de la Capadocia bordeando Antitaurus, otros efectivos transitaron por los desfiladeros del Antitaurus hasta alcanzar Tarso. A su paso por las poblaciones, los cristianos tomaron contacto con poblaciones cristianas armenias. Balduino fue quien más fomentó su amistad con estas poblaciones, decidiendo ir a Edesa en

¹³⁰ Véase, Anexo 7.

¹³¹ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 118.

¹³² TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 157.

¹³³ *Ibidem*, p. 107.

¹³⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 119.

compañía de cien caballeros a finales de 1097, donde el príncipe Thoros lo adoptó como sucesor. A comienzos de 1098 tras la muerte de Thoros, Balduino se convirtió en el único gobernante de Edesa, designándola como condado.¹³⁵ Así nacía el primero de los “estados” latinos de la cruzada, momento en el que estaba a punto de caer Antioquía.

4.5.2. Antioquía

En octubre de 1097 los cruzados se presentaron ante los muros de Antioquía, importante ciudad sagrada para los cristianos, donde el apóstol Pedro fundó su primer obispado.¹³⁶ Seis meses habían transcurrido desde el inicio de la cruzada, con un balance favorable. Balduino no siguió la marcha general de la expedición. Los turcos se encontraban divididos, factor que beneficiaba a los cruzados. Los responsables de Alepo, Homs, Mosul y Siria intentaron unir fuerzas para hacer frente a los cristianos. El régimen fatimí de Egipto, que quería volver a controlar Siria, se mantuvo neutral, beneficiando esto a los frances, a quienes apoyaban los armenios y chipriotas. Los gobernantes de Antioquía, con Yaghi-Siyan al frente, ante la amenaza de los cruzados, convirtieron el santuario de San Pedro en un establo para caballos.

Las tropas cristianas eran insuficientes para rodear la fortaleza. Ante las propuestas de ataque a la ciudad, quedó de manifiesto la ruptura entre normandos y provenzales, sumado a ello un interminable asedio¹³⁷ de más de medio año lleno de penalidades, donde probablemente entre diferentes cruzados, debido al hambre, se produjeron escenas de canibalismo con los cuerpos de los turcos.¹³⁸ También se produjeron deserciones, como las del *Ermitaño* o Taitikios, oficial bizantino. A Pedro se le hizo volver, mientras que Bohemundo debido a la traición del oficial justificó que Antioquía nunca fuese para Bizancio. Cada día la resistencia de los sitiadores se debilitaba más, llegándose a pensar que los cruzados estaban recibiendo el justo castigo por sus actuaciones, llegando a expulsar a las prostitutas del campamento y prohibiéndose los juegos de azar.¹³⁹

Un potente ejército turco de Mosul liderado por Kerboga se disponía a liberar Antioquía. Bohemundo llevaría a cabo su plan, comprar los servicios de Firuz, un armenio converso que había servido al gobernador. Firuz facilitó la entrada de los cristianos en

¹³⁵ *Ibidem*, pp. 121-122.

¹³⁶ MONTESANO, Marina, “La conquista de Antioquía”, *Historia National Geographic*, 114, (2013), pp. 64-75.

¹³⁷ Véase, Anexo 8.

¹³⁸ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 123.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 124.

Antioquía a principio de junio de 1098, permitiendo el acceso a la torre de las Dos Hermanas mediante escalas, como había acordado con Bohemundo, que también subió. Los cruzados bajaron a la ciudad e incitaron a la rebelión a los cristianos antioqueños, quienes abrieron las puertas de San Jorge y el puente fortificado. Los cristianos entraron degollando a todo turco que pudieron atrapar: hombres, mujeres y niños. Yaghi-Syan fue asesinado mientras huía.¹⁴⁰ La ciudadela resistió, dando tiempo a que las tropas de Mosul se apostaran ante los muros, haciendo que los sitiadores cruzados fuesen ahora los sitiados.¹⁴¹

La situación en el interior de la ciudad se complicó para los cruzados, produciéndose acciones de místicos y visionarios, como la de Pedro Bartolomé, anunciando que san Andrés se le había anunciado indicándole que en la catedral de San Pedro se hallaba la lanza¹⁴² que atravesó a Cristo el costado.¹⁴³ Ademar de Monteil y otros cruzados, no dieron crédito a ello, pero una lanza se encontró en el supuesto lugar, presentándose como una manifestación de apoyo divino con efecto psicológico positivo especial en los cruzados más humildes, recobrando *el Ermitaño* protagonismo, ya que fue enviado al campamento turco como embajador, aunque la negociación fracasó.¹⁴⁴

Bohemundo capitalizó el entusiasmo popular y se enfrentó en campo abierto contra las tropas de Mosul. Obispos y clérigos se las idearon para envolver todo en un rito religioso, luciendo la “santa lanza”. Muchos decían que habían descendido aliados celestiales para ayudarles en la batalla, ayudando así a que los cruzados comenzaran a ganar la guerra psicológica, hasta alcanzar la victoria militar el 28 de junio de 1098, ya que los turcos abandonaron el cerco de Antioquía y el comandante de la ciudadela la entregó a Bohemundo. No se partiría hacia Jerusalén hasta seis meses después, el ejército necesitaba descansar y solventar problemas de carácter político: el gobierno de Antioquía y de nuevo, el liderazgo de la cruzada.

Bohemundo había sido quien en la conquista y defensa de la ciudad había actuado como líder, comenzando a ejercer de gobernador. Alejo era el teórico soberano, pero la huída de sus soldados haría que Bohemundo se hiciese finalmente con el “principado de Antioquía”, siendo el segundo Estado cruzado. Para Tyerman, Bohemundo es el jefe más controvertido de cuantos participaron en la Primera Cruzada, fue el único comandante de entre los

¹⁴⁰ MONTESANO, Marina, “La conquista de Antioquía”, pp. 64-75.

¹⁴¹ MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las Cruzadas*, p. 81.

¹⁴² Véase, Anexo 9.

¹⁴³ MONTESANO, Marina, “La conquista de Antioquía”, pp. 64-75.

¹⁴⁴ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 125.

supervivientes que se negó a incorporarse a la marcha hacia Jerusalén en 1099, debido a que su principal objetivo en ese momento era mantener su control sobre Antioquía.¹⁴⁵

Tras la muerte de Ademar de Monteil, se planteó el liderazgo de la cruzada, solicitando los líderes cruzados la presencia del papa en Antioquía, una propuesta inviable. Raimundo de Tolosa, con el apoyo del ejército, asumió el liderazgo y en enero de 1099, siguiendo la tradición como primer peregrino, puso en marcha la cruzada hacia Jerusalén, sucediéndose dos hechos significativos: el nombramiento del primer obispo latino para la ciudad siria de al-Bara y la masacre de Maarat al Numan, donde según Raúl de Caen “los nuestros cocían a paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían asados”,¹⁴⁶ acción de canibalismo cruzado cuyo líder se cree que fue un antiguo caballero normando, poniendo de nuevo de manifiesto la violencia cruzada.¹⁴⁷

4.5.3. Toma de la ciudad de Jerusalén

Trascurrieron cinco meses desde la salida de Maarat hasta Jerusalén. Los cruzados bordearon los montes Nosairi, tomaron la costa a la altura de Trípoli y continuaron hasta Jaffa, para seguir por el camino de Ramleh hasta Jerusalén. A lo largo del camino pudieron encontrar provisiones sin demasiada dificultad, debido en buena medida a la debilidad de los poderes musulmanes y a que los turcos de las ciudades sirias abandonaban sus lugares o suministraban víveres a los cruzados a su paso. El cadí de Trípoli les entregó a los cruzados comida, caballos, dinero y liberó a peregrinos de sus cárceles. Cerca de Beirut, los egipcios, enemigos de los turcos, aprovecharon la presencia de los cruzados y su capacidad militar frente a los selyúcidas para recuperar parte de Palestina, expulsando a los turcos de Jerusalén en agosto de 1098. Los egipcios no suponían un gran problema para el avance de los cruzados, quienes contaban con el apoyo de una flota italiana de navíos pisanos, genoveses, venecianos y algún inglés, que podían recalcar sin dificultad en el puerto tripolitano de Tortosa.¹⁴⁸

Camino a Jerusalén se dieron de nuevo rivalidades entre los líderes cruzados, ya que algunos habían encontrado tierras en las que instalarse, otros deseaban hacerlo también. Destaca la tensión entre Raimundo de Tolosa y Godofredo de Bouillon, por la disputa de

¹⁴⁵ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 141.

¹⁴⁶ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 126.

¹⁴⁷ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 190.

¹⁴⁸ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 127.

poseer el dominio sobre los fértiles campos libaneses. Sumado a ello, Tancredo de Lecce armó un gran revuelo al dejar de servir a Raimundo para unirse a Godofredo.¹⁴⁹ No obstante, el factor popular fue decisivo para poner en marcha la cruzada y evitar el estancamiento.

Desde Jaffa los franceses se dirigieron hasta la ciudad de Ramleh, abandonada por sus habitantes musulmanes, quienes habían destruido el santuario de San Jorge en el despoblado de Lydda. Los cruzados reconstruyeron el templo y nombraron a un obispo latino, a Roberto de Ruán, convirtiéndose en señor temporal del territorio, nombramiento que suponía que, por primera vez, una ciudad palestina muy cercana a Jerusalén era entregada al directo gobierno de la Iglesia de Roma a través de un prelado latino.¹⁵⁰

El 6 de junio de 1099 Tancredo ocupaba Belén, poniendo su estandarte en la iglesia de la Natividad. El 7 de junio, el ejército, muchos de ellos con lágrimas en los ojos, desde el promontorio donde se erigía la mezquita del profeta Samuel, pudo observar al fin su ansiada meta: Jerusalén.¹⁵¹ El asedio a la *Ciudad Santa*, a la que llegaron el 7 de junio ante sus murallas, no se hizo esperar, pero tardaría algo más de un mes para que capitulase.¹⁵² Un motivo era que el ejército cruzado era insuficiente para cerrar el asedio ante las murallas de Jerusalén, sumado a ello el difícil acceso a la ciudad, bordeada por valles. Además, la ciudadela era un baluarte casi inexpugnable. El calor del desierto de Judea iba en contra de los cruzados, así como el inteligente estratega egipcio al frente de la ciudad, quien había expulsado a los cristianos para lograr así tener más reservas de agua y de alimentos ante el asedio cristiano, esperando aguantar para recibir la ayuda de El Cairo.

El gobernador fatimí, Iftijar al-Daula, inutilizó los pozos externos a la ciudad contaminando sus aguas, por lo que la sed sería un factor a tener en cuenta para vencer a los cruzados. El agua se convirtió en un recurso higiénicamente poco recomendable de usar y carísimo de adquirir.¹⁵³ No obstante, es curioso el hecho de que el gobernador no lanzase salidas de guerreros ni amenazase la construcción de las máquinas de guerra de los cruzados, en las fases previas al asedio.¹⁵⁴ Las tareas del cerco debieron de acelerarse, ya que había que consumarlo antes de que llegasen los refuerzos desde Egipto. Para el asedio, los cruzados necesitaban catapultas de gran alcance y torres de asedio móviles. Los materiales para la construcción de estas máquinas de guerras fueron proporcionados gracias a la flota pisana, desde el puerto de Jaffa.

¹⁴⁹ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 193.

¹⁵⁰ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos. *Las Cruzadas*, p. 128.

¹⁵¹ MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las Cruzadas*, p. 85.

¹⁵² Véase, Anexo 10.

¹⁵³ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, pp. 128-129.

¹⁵⁴ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 198.

Los cruzados organizaron rogativas procesionales en torno a la ciudad, sumadas a las prédicas del *Ermitaño* y otros clérigos desde el Monte de los Olivos, con las que daban ánimo a los combatientes. Tras ayunar durante tres días, el 8 de julio todo el ejército, acompañado por clérigos exhibiendo numerosas reliquias, pasearon descalzos alrededor de las murallas de Jerusalén, bajo la burla de la población.¹⁵⁵ El asalto final a Jerusalén¹⁵⁶ comenzó el 13 de julio, cuando las máquinas de guerra estuvieron preparadas, lanzándose ataques desde dos frentes: norte y sur. Godofredo¹⁵⁷ y sus soldados lorenenses asumieron un protagonismo especial en el ataque. Una vez abiertas las brechas en la muralla, sólo quedaba rendir la inexpugnable Torre de David.¹⁵⁸

Al no contar con refuerzos exteriores, el gobernador de Jerusalén negoció y tanto él como su familia pudieron salir de la ciudad, junto con otros pobladores, pero la mayoría de los pobladores fueron asesinados por los cruzados. La masacre de Jerusalén apenas perdonó a nadie: mujeres, niños, ancianos, judíos (encerrados en su sinagoga fueron calcinados). Los musulmanes fueron despedazados, torturados o decapitados. Jerusalén sufrió también un gran pillaje de metales preciosos, caballos, alimentos u objetos materiales.¹⁵⁹ Los franceses expulsaron de la iglesia del Santo Sepulcro a todos sacerdotes de ritos orientales, aún siendo correligionarios de éstos primeros, a quienes habían respetado todos los conquistadores de la ciudad.¹⁶⁰ Respecto a la barbarie de la matanza, hay unanimidad cronística. El arzobispo Guillermo de Tiro, décadas después de la toma, recordaba que “la ciudad ofrecía un espectáculo de tanta carnicería de enemigos, de tanto derramamiento de sangre, que hasta los mismos vencedores quedaron llenos de horror y de repugnancia”.¹⁶¹ Tal debió de ser el horror, que un testigo judío afirmó que “al menos los cristianos no violaban a sus víctimas antes de matarlas, a diferencia de los musulmanes”.¹⁶²

Los cruzados ofrecieron a Raimundo de Tolosa el título de rey de Jerusalén, quien rechazó la oferta, aunque tuvo que ver cómo se le ofreció a Godofredo de Bujón, elegido como soberano secular de la ciudad, tomando el título de *Advocatus Sancti Sepulchri*, que implicaba a su vez autoridad eclesiástica. Tras la muerte de Godofredo en julio de 1100, sería sucedido por su hermano Balduino de Edesa, quien sí aceptaría el título de rey de Jerusalén, siendo coronado como Balduino I de Jerusalén.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 198.

¹⁵⁶ Véase, Anexo 11.

¹⁵⁷ Véase, Anexo 12.

¹⁵⁸ TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 199.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 200.

¹⁶⁰ MAALOUF, Amin, *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Alianza Editorial, Madrid, 2012 (ed. or. 1989), p. 93.

¹⁶¹ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 131.

¹⁶² TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios*, p. 200.

Un mes después de la conquista de Jerusalén, los cruzados interceptaron en Ascalón el ejército que el régimen fatimí había enviado para socorrer Jerusalén. Los franceses atacaron el campamento egipcio y la derrota que sufrieron los musulmanes fue total. Esta batalla representa, tal y como afirma Tyerman “la culminación de la campaña iniciada en Constantinopla en la primavera de 1097. Jerusalén había sido tomada y su control, asegurado; los veteranos se podían marchar”.¹⁶³ Tras esta derrota, los cruzados ya podían celebrar la total victoria de haber conquistado la *Ciudad Santa*,¹⁶⁴ pero se abría para ellos un nuevo y problemático problema, el futuro gobierno de la ciudad, ya que había que dotar a Jerusalén de un gobierno, tarea difícil puesto que los líderes seculares reclamaron parte de su poder, pero todos ellos estaban dispuestos a respetar el papel protagonista de la Iglesia en la administración de Jerusalén.¹⁶⁵

¹⁶³ *Ibidem*, p. 204.

¹⁶⁴ Véase, Anexos 13 y 14.

¹⁶⁵ DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, p. 137.

CONCLUSIONES

Pocos movimientos históricos han levantado tan extraordinario fervor religiosos y entusiasmo popular como las Cruzadas, viéndose reflejado en crónicas monásticas y canciones trovadorescas, además de la literatura, que propagaron la puesta en marcha de todo el movimiento cruzado por el Occidente europeo.

Las Cruzadas fueron guerras contra el Islam, pero también fueron el resultado de la ambición de unos papas que buscaron ampliar su poder político y religioso, siendo los ejércitos cruzados –dispuestos a combatir en nombre de Dios–, en cierto sentido, el brazo armado de la política papal. Urbano II es quien en 1095 llamó al pueblo cristiano a recuperar Jerusalén, dándose así el inicio del movimiento cruzado hacia Oriente que durante los siglos XI, XII y XIII pugnaría contra los musulmanes por los dominios de Tierra Santa. No obstante, en la Península Ibérica, en concreto en Barbastro en 1064, ya se había iniciado un movimiento cruzado, una protocruzada como muchos autores la llaman, en la que se habían implicado numerosos nobles ultrapirenaicos, y años después, los descendientes de éstos partirían hacia Jerusalén a la llamada de la Primera Cruzada, quedando ahora sí de forma clara que la cruzada era entendida como una guerra santa, ergo consagrada y convocada por la Iglesia.

La Cruzada fue un movimiento que respondió al dramático crecimiento poblacional europeo y a la actividad comercial, puesto que se abrieron nuevas rutas de comercio. No obstante, para un caballero cruzado, ésta supuso un asunto caro en cuanto al aspecto económico si él mismo se costeaba el equipo y la expedición; sin embargo, en una sociedad invadida por el ardor guerrero, de fama y reconocimiento, la religiosidad fue un factor muy importante, pues muchos cruzados estaban convencidos de que su participación en la cruzada contra el infiel le garantizaría su salvación espiritual.

Jerusalén se convirtió en la meta que todo cruzado debía alcanzar para redimir sus pecados. No cabe duda de que la Primera Cruzada, tratada en el presente trabajo, fue el motor de todas las cruzadas hacia Oriente y de las consecuencias venideras. En los años siguientes a 1099, el reino de Jerusalén experimentó un gran auge con la ayuda recibida por parte de los mercaderes italianos y el establecimiento de las Órdenes Religiosas y Militares de los Caballeros del Templo y los Caballeros Hospitalarios, que fueron creadas durante el reinado de Balduino I de Jerusalén.

Años después, este espíritu cruzado había calado profundamente en la sociedad feudal. Ejemplo de ello sería el Alfonso I el Batallador, quien a lo largo de su vida manifestó un gran espíritu y mentalidad de cruzado, legando en su testamento sus reinos a las Órdenes Militares

del Santo Sepulcro, del Templo y del Hospital de Jerusalén. Tras su muerte, como ha sucedido siempre, la historia se fue soslayando con la leyenda, haciendo que tras su desaparición corriesen diferentes versiones sobre sus últimos días de vida entre sus contemporáneos.

No quisiera concluir este trabajo sin mencionar al bando musulmán, ya que en la época de las Cruzadas el mundo árabe era intelectual y mentalmente el depositario de la civilización más avanzada del planeta, factor que luego cambiaría de posición en el mapa geográfico, hacia el Oeste.

En todos los terrenos, los cristianos aprendieron de los árabes, un fenómeno que resultó indispensable para su ulterior expansión. Durante las cruzadas, los árabes se negaron a acoger las ideas llegadas de Occidente, quizás suponiendo esto el efecto más desastroso de las agresiones de las cuales fueron víctimas. El mundo musulmán se encerró en sí mismo, suponiendo esta guerra santa largos siglos de decadencia, mientras que en la Europa occidental comenzó a darse una verdadera revolución económica y cultural.

En la actualidad, queda de manifiesto que el Oriente árabe sigue viendo en Occidente a un enemigo, y que los acontecimientos narrados en este presente trabajo, ocurridos hace ya diez siglos, continúan muy presentes en la memoria colectiva de muchas personas. No es nada extraño que la quiebra entre estos dos mundos pretenda remontarse hasta la época de las Cruzadas, reflejándose esta afirmación en las acciones terroristas que se están produciendo en pleno siglo XXI.

En suma, la ideología de cruzada, a lo largo de la historia, ha servido para legitimar movimientos de carácter político como el ocurrido en España el 17 de julio de 1936 con la sublevación del bando nacional, quedando de manifiesto así un ejemplo entre muchos otros, de que la definición de este concepto sigue y seguirá siendo una tarea condicionada por la realidad política de quien lo use.

BIBLIOGRAFÍA

- DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las Cruzadas*, Sílex, Madrid, 2004.
- ELLIOT, Julián, “Jerusalén reconquistada: la toma de la ciudad santa por los cruzados”, *Historia y vida*, 455, (2006), p. 74.
- BARBERO, Alessandro, “Santi laici e guerrieri. Le trasformazioni di un modello nell’agiografia altomedievale”, *Modelli di sintità e modelli di comportamento. Contrast, intersezioni, complementarità*, Rosenberg & Sellier, Torino, 1994, pp. 125-140.
- FALQUE, Emma, “El llamado “Privilegio de los votos”, fuente del “Chronicon Mundi” de Lucas de Tuy”, *Habis* 33 (2002), pp. 573-577.
- FLORI, Jean, *Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Univ. De Granada y de Valencia, Granada, 2004 (ed. org. 2002).
- , *Las cruzadas*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2010.
- GARCÍA FITZ, Francisco, “Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea”, *Cuadernos de Historia*, 50. Madrid, 1998.
- , *La Edad Media. Guerra e ideología, justificaciones religiosas y jurídicas*, Sílex, Madrid, 2003.
- GARCÍA FITZ, Francisco y NOVOA PORTELA, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*, Marcial Pons, Madrid, 2014.
- GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, “¿Cruzadas antes de la primera cruzada?: La Iglesia y la Guerra Santa, siglos IX-XI”, en: DE LA IGLESIA DUARDTE, José Ignacio (ed.), *García Sánchez III “el de Nájera” un rey y un reino en la Europa del siglo XI*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2005, pp. 269-294.
- , *Papado, cruzadas y órdenes militares, siglos XI-XIII*, Cátedra, Madrid, 2010 (ed. or. 1995).
- KEEN, Maurice, *La caballería*, Ariel, Barcelona, 2008 (ed. org. 1986).
- LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, Guara Editorial, Zaragoza, 1978.
- LALIENA CORBERA, Carlos, “Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada y reforma de la Iglesia en el siglo XI hispánico”, *La reforma gregoriana y su proyección en la Cristiandad occidental. Siglos XI-XII*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2006, pp. 289-334.
- , “Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península a mediados del siglo XI: Barbastro, 1064”, *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la*

guerra, la frontera y la convivencia, Fundación Sánchez Albornoz, Ávila, 2009, pp. 387-415.

- , “Guerra Santa, Cruzada y Reconquista en la reciente historiografía angloamericana sobre la Península Ibérica”, *Imago Temporis. Medium Aevum*, 9 (2015), pp. 413-424.

- , “Tradiciones familiares de guerra santa. Linajes aristocráticos y conquista feudal en los siglos XI y XII en Cataluña, Aragón y Castilla”, R. Córdoba de la Llave, J. L. del Pino García y M. Cabrera Sánchez (coords.), *Estudios en homenaje al profesor Emilio Cabrera, Córdoba*, 2015, pp. 279-292.

LEMA PUEYO, José Ángel, “El itinerario de Alfonso I “el Batallador” (1104-1134)”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 24 (1997), pp. 333-353.

- , *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Trea, Gijón, 2008.

MAALOUF, Amin, *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Alianza Editorial, Madrid, 2012 (ed. or. 1989).

MARÍN RIVEROS, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias Valparaíso, Valparaíso, 2003.

MAYER, Hans Eberhard, *Historia de las Cruzadas*, Istmo, Madrid, 2001.

MONTESANO, Marina, “La conquista de Antioquía”, *Historia National Geographic*, 114, (2013), pp. 64-75.

RODRIGUEZ GARCÍA, José Manuel, “Reconquista y Cruzada. Un balance historiográfico doce años después (2000-2012)”, *Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, 26, (2013), pp. 365-394.

- , *La cruzada en tiempos de Alfonso X*, Sílex, Madrid, 2014.

RUNCIMAN, Steven, “La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén”, *Historia de las Cruzadas*, Alianza Editorial, Madrid, 2008 (ed. or. 1954).

RUSSELL, F. H., *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975.

TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica, Barcelona, 2012 (ed. or. 2010).

- , *Cómo organizar una cruzada: el trasfondo racional de las guerras de Dios*, Crítica, Barcelona, 2016.

ANEXOS

Anexo 1. Miniatura de un enfrentamiento medieval entre caballeros.

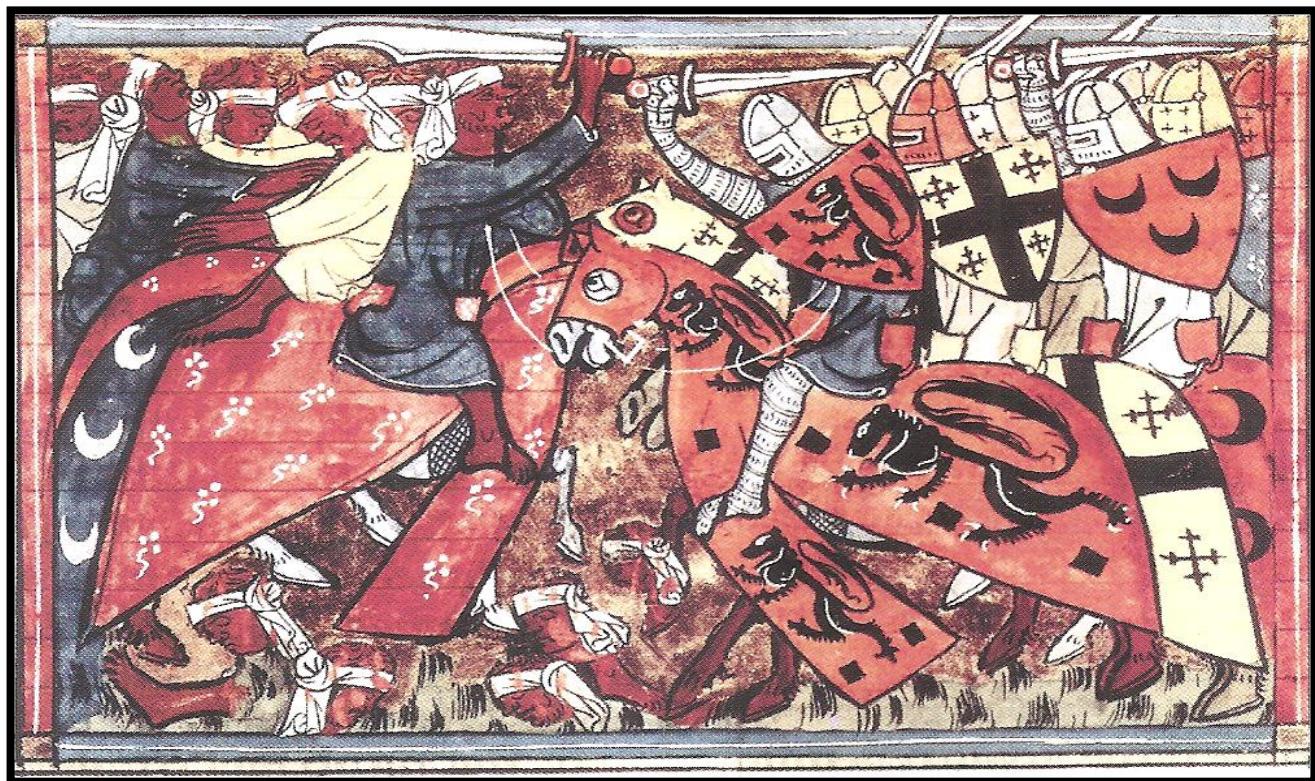


Manuscrito: Morgan M.638 Maciejowski Biblia. fº 29, Citas 1224-1254, de París, Francia.

Institución: The Morgan Library & Museum , Nueva York, EEUU.

Imagen tomada de: <<http://manuscriptminiatures.com/4673/7990/>>. [ref. de 6 de septiembre de 2017].

Anexo 2. Batalla entre cruzados y musulmanes.



Destacan las imponentes armaduras de los cristianos frente a la pobreza del armamento musulmán.

París, Biblioteca Nacional.

(Fte: Norwich, J., *Byzantium. The decline and Fall*, Viking, 1995, London).

Imagen tomada de: MARÍN RIVEROS, José. *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias Valparaíso, Valparaíso, 2003.

Anexo 3. 1300-1350. S.I. Mención de la toma por los cristianos de la ciudad de Barbastro (1064), lugar de los dominios de Ibn Hud, y su recuperación de manos de ellos (1065), después de haber sido cautivados y asesinados todos sus habitantes.

Dice Ibn Hayyán¹⁶⁶: el caso es que un ejército de normandos la sitiaron [o sea, la ciudad de Barbastro] y se esforzaron en combatirla y asediarla muy reciamente. Sus habitantes los combatían fuera de la ciudad, y eso era en el año 456 [25 de diciembre de 1063 a 12 de diciembre de 1064].

El agua llegaba a ella desde el río, hasta entrar en ella y atravesarla por un canal subterráneo. Pero salió un hombre de la alcazaba hacia [donde estaban] los cristianos y se lo indicó. Entonces fueron a él [o sea, a donde estaba el canal,] y lo destruyeron, se interpusieron [interrumpiendo la entrada de agua] entre él [,entre el río,] y la unión con la boca del canal, y así fue privada su población de agua y no pudieron soportar la sed; como consecuencia enviaron misivas a los cristianos para que les respetasen sus vidas y [las de] sus hijos y les entregarían la ciudad.

Se negaron a eso los cristianos, y los musulmanes resistieron hasta que entraron los cristianos contra ellos por asalto y mataron a [todos] los combatientes, cautivaron a las mujeres y a los niños y se apoderaron de grandes riquezas. Fue la más dura de las desgracias [acaecida] en esta [pen]ínsula. Cayeron en manos de los cristianos, entre mujeres de los habitantes de Barbastro y sus hijos, cerca de cien mil.

En el lote de su maldito caudillo le correspondieron de cautivos cuatro mil, como parte de los que escogió —[también] vírgenes de ocho a diez años— regalando de ellos a su rey lo que quiso. Este maldito —que Dios confunda— se llamaba Al-bitibín [Robert Crispín], y se cuenta que logró en su lote, entre fardos de vituallas, alhajas y vestidos, quinientas cargas.

Fue la catástrofe en esta ciudad mayor de lo que [pueda] describirse, porque la situación los llevó a arrojarse en manos de ellos a causa de la sed. Salieron de la ciudad y se extendieron en una plana del terreno, y cuando vio el tirano —Dios duplique su castigo— su multitud y su extensión temió que los tomara la iracundia por *salvar* sus vidas; entonces ordenó que los pasaran a cuchillo, mientras los unos se miraban a los otros, hombres y mujeres. Se ha dicho que fueron asesinados aquel día unos seis mil de ellos.

¹⁶⁶ Córdoba, 987-1075. Historiador andalusí, autor de *Al-Muqtabis fi Tarikh al-Andalus* (10 volúmenes).

Luego pregonó [cesar la matanza y] levantar la espada de ellos, y los mandó salir de la ciudad con sus familias e hijos; entonces se apresuraron a salir de ella agolpándose a las puertas de la ciudad; como consecuencia murieron en ese agolpamiento muchas personas.

Cuando les acaeció a todos los que salieron de la ciudad el perecer en su puerta, después de la muerte de los que fueron matados [antes], se congregaron de pie, estupefactos, esperando la llegada del destino a ellos. Luego se les comunicó que volviera cada propietario de casa a su morada con sus familias e hijos.

Se inquietaron a consecuencia de aquello y, cuando se hubieron instalado en sus casas con sus familias e hijos, los politeístas se los distribuyeron, y a todo aquel a quien le correspondió en el reparto una casa la poseyó con [la] familia, los hijos y bienes que había en ella, y así dispuso cada bárbaro de los dueños de las casas, que pasaron a su poder —según lo que Dios decidió poner a prueba— tomando todo lo que se le presentaba y castigando por lo que se le ocultaba, y a veces perdió la vida el musulmán por eso y así descansó; otras veces su término lo *retrasó* para una situación peor que esa, dado que los enemigos de Dios, *entonces, apetecían violar a las mujeres* de sus prisioneros y a sus hijas en su presencia, extremándose en las ofensas; abusaban de la casada y desfloraban a la virgen ante el marido de aquélla y el padre de ésta aherrojado, y el que no se complacía de entre ellos en hacer eso las daba a sus esclavos para que se divirtieran con ellas. Propasaron los infieles entonces lo que no alcanza la descripción. La fuerza y el poder son de Dios, el Grande.

Cuando se apoderó el cristiano de esta malhadada ciudad, dejó en ella el maldito mil caballeros y cuatro mil infantes y partió de ella hacia su país. Y no tuvieron los cristianos antes hecho [victorioso] como éste en el país de los muslimes.

Cuando vio Ibn Hūd esta situación pregonó la partida para la guerra santa en todo el país de los musulmanes; entonces se inflamaron los ánimos de las gentes del Islam y acudió a él gran [cantidad de] gente, cuyo número era incontable. Se cuenta que llegaron del resto del país de al-Andalus seis mil arqueros, armadores de ballesta con los pies; entonces sitiaron la ciudad de Barbastro y se prepararon para combatir a los infieles que acudieron contra ellos.

Cuando los infieles contemplaron la fuerza de los muslimes y la multitud de sus paladines y de sus arqueros, cerraron sus puertas, abandonaron el combate y fue grave para ellos la situación. Entonces Ibn Hud al-Muqtadir bí-lláh mandó socavar el muro y ordenó a los arqueros que *rodearan* el muro, para que no impidiesen los infieles la labor de los zapadores, como consecuencia los cristianos no sacaban sus manos por encima del muro. Y así [los muslimes] practicaron una gran brecha, apuntalaron el muro y prendieron fuego a los

puntales; entonces cayó aquella [pared de la] brecha sobre [aquellos] y los musulmes les asaltaron la ciudad.

Cuando los cristianos vieron eso con sus propios ojos salieron desde otro lado, por otra puerta, y cargaron como un *sol* hombre contra el campamento de los musulmanes; pero los musulmes los persiguieron y los mataron como quisieron, y no se salvó de ellos sino poca gente de aquellos, cuyo fin se aplazó. Hicieron prisioneros a todos los que estaban en ella [o sea, en la ciudad], sus familiares e hijos, y se mató, de los enemigos de Dios, a unos mil caballeros y a cinco mil infantes, y no fueron alcanzados de la comunidad musulmana [por el destino] sino unos cincuenta. Los musulmanes se adueñaron de la ciudad y la lavaron de la suciedad del politeísmo y la pulieron de la herrumbre de la mentira.

Dice al-Bakrí: [Ibn Hūd] introdujo de ella [o sea, de la presa hecha en la ciudad tomada] en Zaragoza unas mil cautivas y unos mil caballos, así como unas mil corazas, riquezas y enseres. Su toma tuvo lugar en *jumada II* del año 457 [10 de mayo a 7 de junio de 1065], y entre la entrada de los cristianos en ella y su retorno a los musulmes transcurrió un año completo. La [celebridad de esta] acción de Ibn Hūd se propagó en el país de los musulmes, a causa de esta [re]conquista que se consiguió por su mano.

También le acontecieron con Ibn Muyahid Iqbal ad-Dawla asuntos cuya explicación se prolongaría [en demasía], hasta que lo expulsó de su país y se adueñó de él. Luego lo asedió en la ciudad de Denia y lo oprimió en ella, hasta que [aquel] se apresuró a enviarle misivas para que lo salvara a él mismo, a su familia y a sus hijos, y así le entregaría su reino, descendería de su alcázar y se lo dejaría con sus enseres. Salieron los emisarios con esa [propuesta] hacia al-Muqtadir y se la aceptó, y ordenó cesar de atacarle.

Así pues tuvo lugar la salida de Ibn Muyahib de Denia en el año [4]68 [16 de agosto de 1075 a 4 de agosto de 1076] y se lo llevó a Zaragoza. Le asignó en ella un [dominio en régimen de] *iqta'* para sustentar su vida, y allí acabó sus días.

Dice al-Warraq: Este ‘Alí b. Muyahid había enviado un barco grande, lleno de víveres, al país de Egipto, el año de la gran hambre que hubo allí. Eso tuvo lugar en el año 447 [2 de abril de 1055 a 20 de marzo de 1056]. Retornó a él la nave llena de rubíes y perlas, oro y tesoros. Estaba todo eso en poder del mencionado Ibn Muyahid en sus arcones y se apoderó de eso Ibn Hūd. Se convocó a la gente en Denia para que se presentase a Ibn Hūd y entrara a prestarle juramento de fidelidad (*hay'a*). Lo reconocieron por soberano los notables (*al-jassa*), luego la plebe (*al-'anima*), y se le sometió la ciudad de Denia y sus dependencias; así pues se extendió su jurisdicción, se elevaron sus designios y se acrecentó su reino. Residió Ibn Hūd en la ciudad de Denia mientras cuidó de sus asuntos; terminó lo que creyó que se

había de terminar en ella y partió hacia su capital, Zaragoza, [llevando] en su ejército a Ibn Muyahid [vestido] con una indumentaria grosera, hasta que entró en Zaragoza.

Con todo, los cristianos —Dios los aniquile— durante el periodo [del reinado] de Ibn Hüd, [siguieron] extendiendo sus manos al país de los muslimes en la frontera superior; entonces acordó con ellos la entrega de parias (*yizya*) e hizo las paces con ellos. Tomó el tirano [cristiano] lo que dispuso con él y lo distribuyó a su grey y a la gente de su ejército.

Había un hombre de los piadosos en una alquería de la jurisdicción de Ibn Hüd, conocido por su bondad y rectitud, las gentes de la alquería se dirigieron a él y le hicieron saber lo que en dinero de parias se les imponía. Les dijo: «¡Dios nos libre! Eso no será nunca mientras yo esté vivo en este mundo». Luego cabalgó, y con él un grupo de gente de la alquería, hasta que llegó a Zaragoza; entonces entró a [donde] al-Muqtadir y lo amonestó con lo que dispone la ley divina (*sar'*).

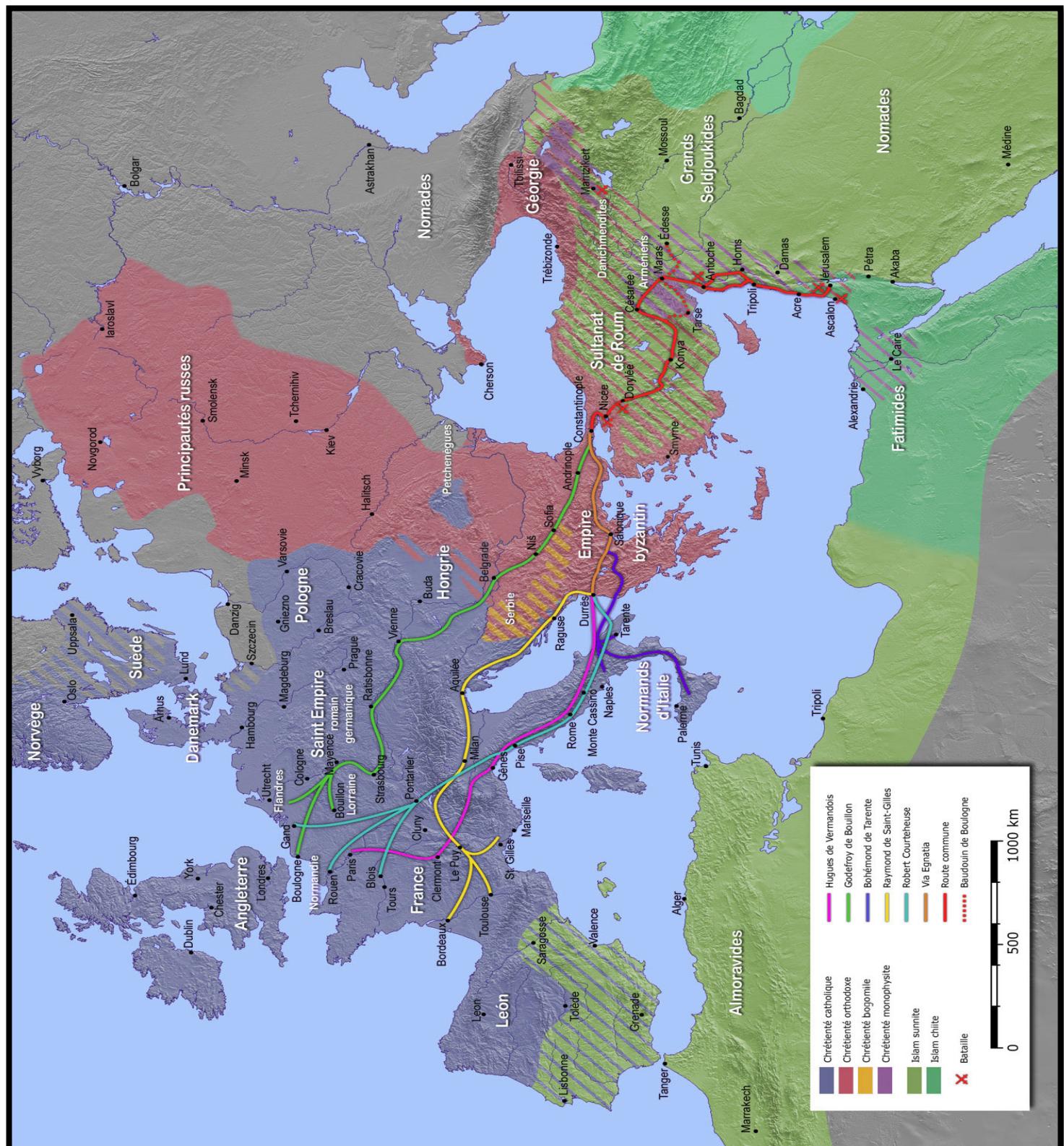
Ibn Hüd se encolerizó a consecuencia de sus palabras y se dijo: «Este nos ha despreciado hasta el punto de dirigirnos un discurso como este. Si lo dejamos y no lo castigamos se insolentará otro contra nosotros». Entonces ordenó matarlo, y fue matado este hombre íntegro —Dios tenga misericordia de él— y se extendieron las parias (*yizya*) a las demás ciudades de la Marca Superior.

Y así, no cesó al-Muqtadir bi-llah Ibn Hüd de debilitarse y los cristianos de fortalecerse contra él, hasta que Dios lo hirió con una enfermedad en su cuerpo, perdiendo el sentido y la razón. Se ha dicho, empero, que no murió hasta que hubo ladrado como ladran los perros, a consecuencia de la imprecación de ese hombre piadoso contra él. Dios nos libre del mal fin. Murió en el año 475 [1 de junio de 1082 a 20 de mayo de 1083].

Referiré el resto del reinado de los hüdíes en el período de los almorávides, si Dios Altísimo quiere.

Publicado en: Ibn Idari, *La caída del Califato de Córdoba y los Reyes de Taifas*, ed. Felipe Maíllo Salgado, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993. (Primera mitad del siglo XIV).

Anexo 4. Mapa de la Primera Cruzada.



Autor: Captain Blood, 4 de septiembre de 2005.

Imagen tomada de:

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Carte_de_la_premiere_croisade.jpg>. [ref. de 5 de septiembre de 2017].

Anexo 5. Urbano II en el Concilio de Clermont.



Ilustración del *Libro de los Pasajes de Ultramar* de Sébastien Mamerot (Jean Colombe, c. 1472-75, BNF, P. 5594).

Imagen tomada de:

<https://es.wikipedia.org/wiki/Concilio_de_Clermont#/media/File:Passages_d%27outremer_Fr5594,_fol._19r,_Concile_de_Clermont.jpg>. [ref. de 6 de septiembre de 2017].

Anexo 6. Carta de 7 de octubre de 1096 dirigida a los monjes de Vallombrosa.

«Hemos sabido que algunos de vosotros quieren unirse a los guerreros [*milites*] que van a Jerusalén para liberar la cristiandad. ¡La ofrenda es justa, pero no su ejecución! En efecto, por lo que a nos respecta, es la conciencia de los guerreros [*milites*] la que hemos movilizado hacia esa expedición militar, para que puedan reprimir con sus armas la ferocidad de los sarracenos y restaurar la antigua libertad de los cristianos. Nos no queremos que quienes han abandonado el siglo y se han dedicado a la milicia espiritual empuñen las armas, ni que emprendan incluso ese viaje. Más aún: nos les prohibimos que lo hagan».

Urbano II deja de manifiesto que la expedición cruzada no era una peregrinación para todos; la predicó sólo a los guerreros, descartando a los religiosos, quienes deben servir a Dios de manera muy diferente.

Urbano II, *Carta a los monjes de Vallombrosa*, ed. W. Wiederhold, Papsturkunden in Florenz, *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zü Göttingen* (Phil.-Hist. Klasse), Gotinga, 1901, págs. 313 y ss. (trad. franc. del autor).

Texto tomado de FLORI, Jean. *Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Univ. De Granada y de Valencia, Granada, 2004 (ed. org. 2002), p. 320.

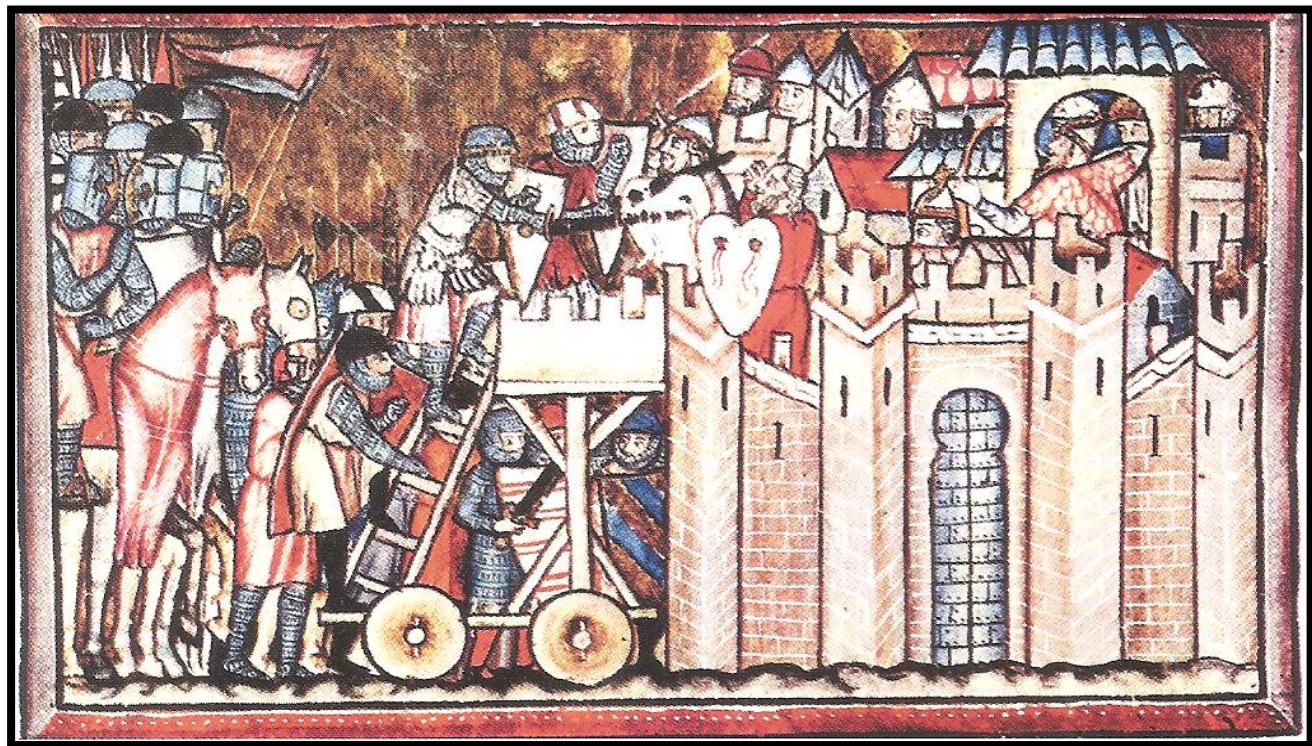
Anexo 6.1. Escritura de partida de un cruzado (La Réole).

«Un valiente caballero, llamado Amanieu de Loubens, fue inspirado por el amor del Espíritu Santo a abandonar su herencia y hacerse “jerosolimitano”, a fin de ir a atacar y matar a los adversarios de la religión cristiana, y, sobre todo, para purificar el lugar donde el Señor Jesucristo se dignó sufrir la muerte por la redención del género humano».

Cartulaire du prieuré de Saint-Pierre de La Réole, ed. C. Grellet-Balguerie, *Archives historiques de la Gironde*, 5, 1863, n.º 100 § 93-96, pág 140 (trad. franc. del autor).

Texto tomado de FLORI, Jean. *Guerra santa, yihad, cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*, Univ. De Granada y de Valencia, Granada, 2004 (ed. org. 2002), p. 326.

Anexo 7. Expugnación de una ciudad durante las cruzadas.



Miniatura procedente de *La gran conquista de Ultramar*, de un manuscrito del siglo XIII, Biblioteca Nacional de España.

Imagen tomada de: MARÍN RIVEROS, José. *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias Valparaíso, Valparaíso, 2003.

Anexo 8. Sitio de Antioquía, octubre 1097-junio 1098.

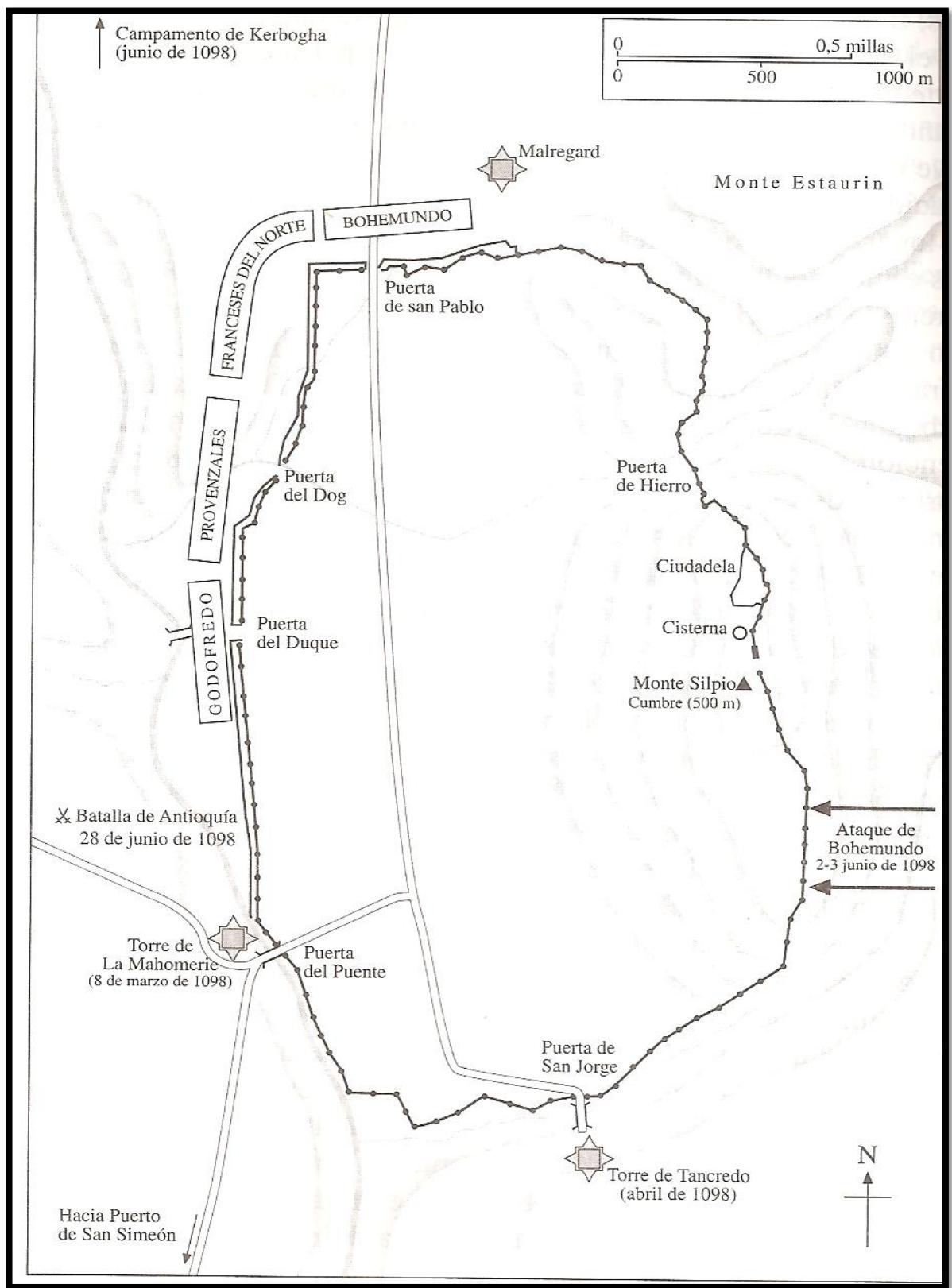


Imagen tomada de: TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica, Barcelona, 2012 (ed. or. 2010), p. 170.

Anexo 9. Miniatura medieval de Ademar de Monteil empuñando la Lanza del Destino en una batalla de la Primera Cruzada.



Miniatura perteneciente a la *Historia de Ultramar*, de Guillermo de Tiro. Escuela Flamenca. Siglo XV. Biblioteca Británica, Londres.

Imagen tomada de: *Asedio de Antioquía*

<https://es.wikipedia.org/wiki/Primera_Cruzada#/media/File:Adhemar_de_Monteil_Antioche.jpeg>. [ref. de 27 de julio de 2017].

Anexo 10. Sitio de Jerusalén, junio-julio de 1099.

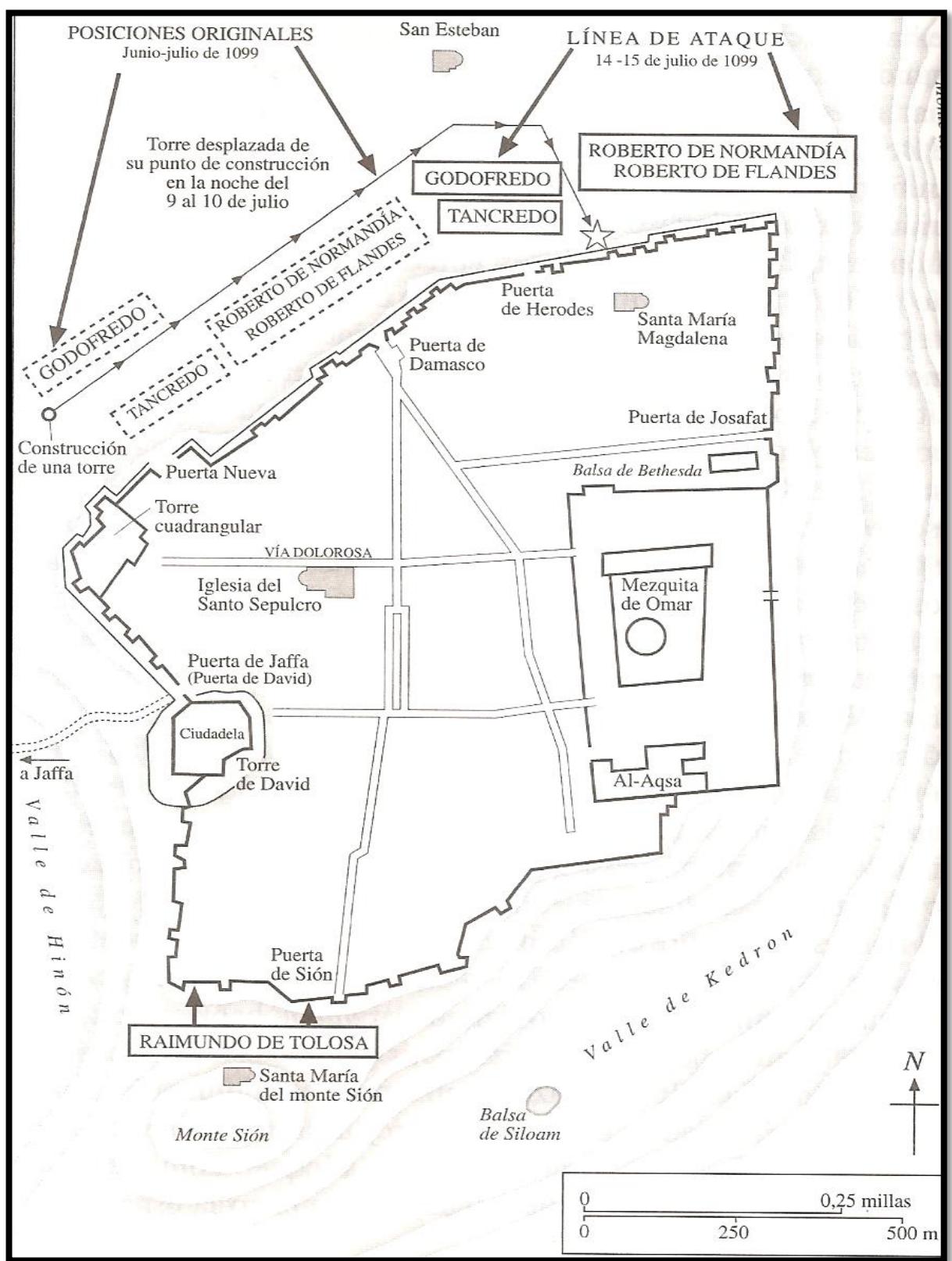
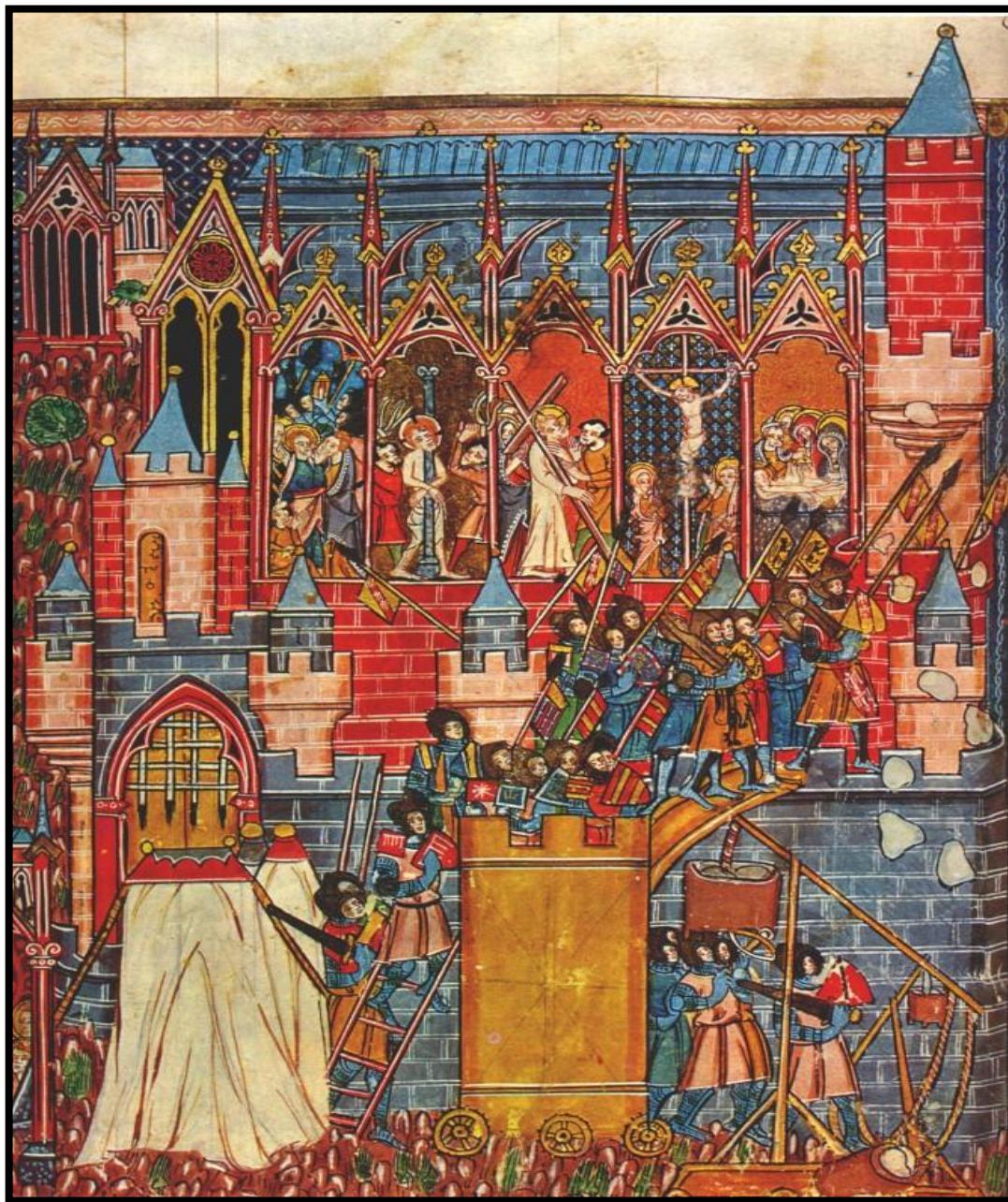


Imagen tomada de TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica, Barcelona, 2012 (ed. or. 2010), p.196.

Anexo 11. Sitio de Jerusalén (1099) por tropas cristianas durante la Primera Cruzada.



Destacan las armas de sitio utilizadas por las tropas cristianas.

Ilustración de una miniatura del siglo XIII, de la *Historia de Ultramar* de Guillermo de Tiro, Biblioteca municipal de Lyon.

Imagen tomada de: *Sitio de Jerusalén (1099)*

<https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/33/1099_Siege_of_Jerusalem.jpg>. [ref. de 14 de julio de 2017].

Anexo 12. Godofredo en su torre de asedio en la conquista a Jerusalén el 15 de julio de 1099.

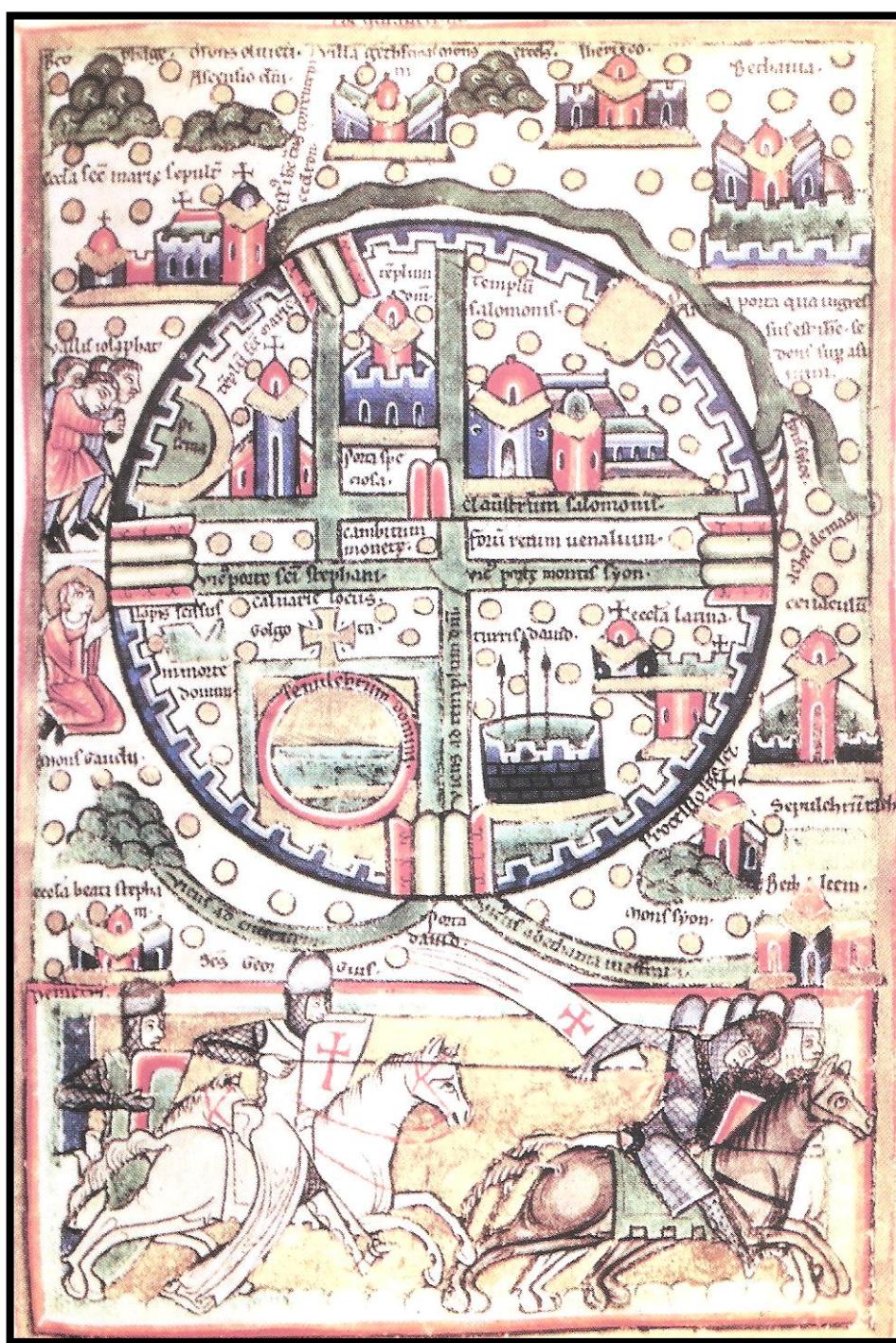


Miniatura de autor anónimo.

Imagen tomada de: <<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Godefroi1099.jpg>>.

[ref. de 4 de septiembre de 2017].

Anexo 13. La llamada Jerusalén cruzada.



Compendio, St. Bertini (?). Pergamino del siglo XII.

La Haya, Koninklijke Bibliotheek.

(Fte: *El románico*, Könemann, 1996, Madrid, p.14).

Imagen tomada de: MARÍN RIVEROS, José. *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias Valparaíso, Valparaíso, 2003.

Anexo 14. Jerusalén idealizada y sus alrededores, hacia el año 1100: la Ciudad Santa, vista por la cristiandad.

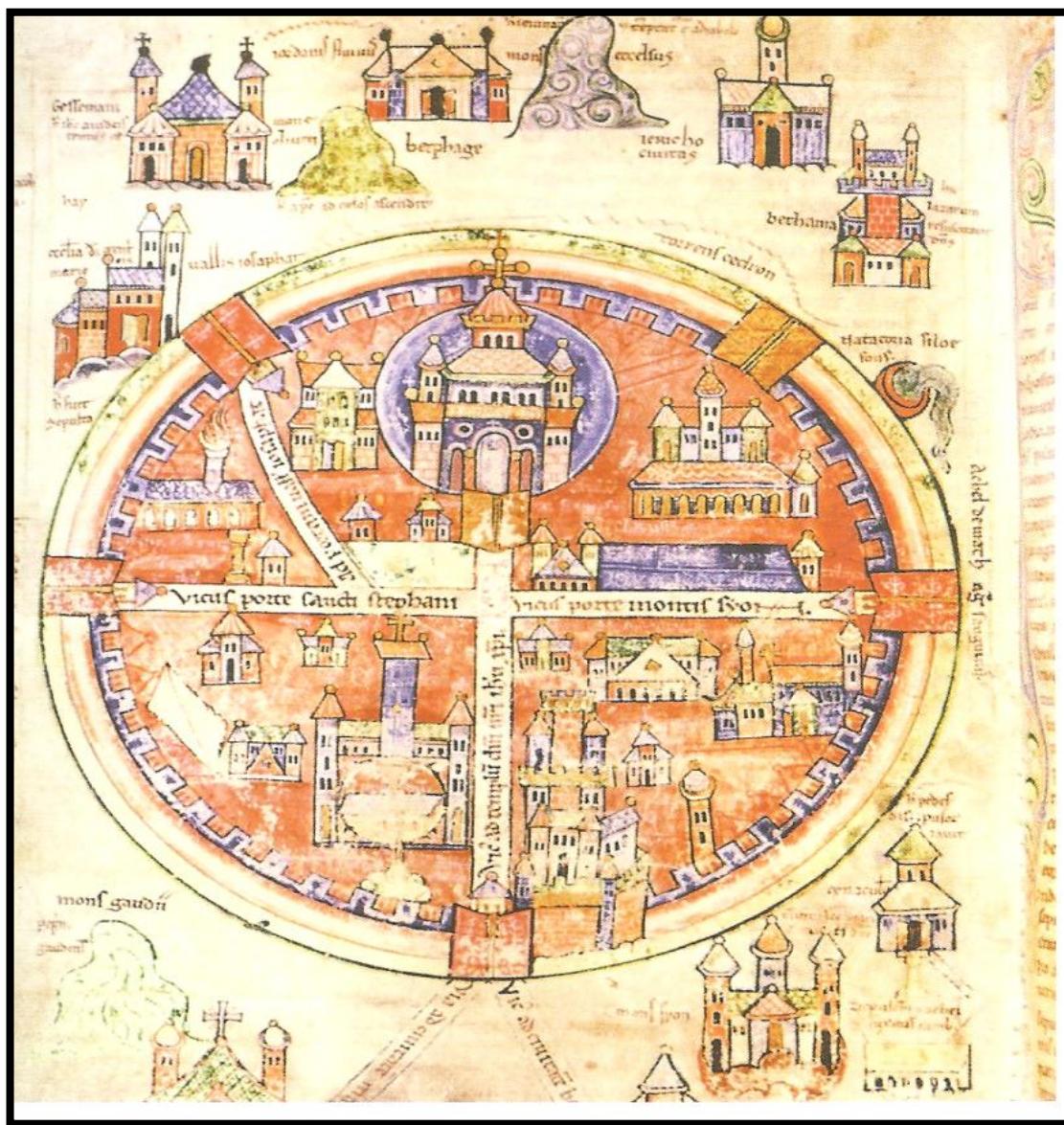


Ilustración procedente de la Crónica de Roberto el Monje, manuscrito del siglo XIII. Biblioteca de la Universidad de Upsala (Suecia).

Imagen tomada de: TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica, Barcelona, 2012 (ed. or. 2010).